

LA AMENAZA NEGRA

CLARK CARRADOS



LA AMENAZA NEGRA

CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

La amenaza negra

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Alvares, 151

Barcelona Buenos Aires



Mayo -1972

Depósito legal B. 17.493 -1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Graficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

PREFACIO

Las modernas teorías einstenianas demuestran que ningún cuerpo, en el vacío sideral, puede moverse con mayor velocidad que la luz, que lo hace a razón de 299.800 kilómetros por segundo. Pero la duda surge apenas formulada la pregunta: ¿es cierta tal teoría? Probablemente sí, pero, no obstante y, aunque no tenga comparación posible, recordemos que cuando en el siglo pasado Stephenson inventó la locomotora de vapor, los «técnicos» de la época decían que era imposible que los pasajeros del ferrocarril pudieran soportar tan enormes «velocidades», porque, sencillamente, morirían asfixiados.

En el estado actual de nuestros conocimientos físicos, la superación de la velocidad de la luz es algo inconcebible. No obstante, el autor ha situado la acción de la novela en una época en que tales conocimientos han sido, no solamente adquiridos, sino puestos en práctica y por lo tanto, la era de los viajes interplanetarios ha sido superada para pasar a la de los viajes interestelares e intergalácticos. El hombre se mueve, pues, en los vehículos espaciales a velocidades aterradoras, varias veces superiores a las de trescientos mil kilómetros por segundo, dominando el Universo a su antojo, quizá viajando en un hiperespacio de más dimensiones que las tres euclidianas que ahora conocemos, dimensiones que no podemos imaginartan siquiera y, contra la opinión de los físicos de hoy día, no ha muerto «asfixiado» al atravesar la barrera de la luz.

Ese día en que el hombre vuele a millones de kilómetros por segundo está aún muy lejano. Separado por nosotros de centenares, más seguro por millares de años. Pero llegará, con toda seguridad. Y ese día es el que el autor ha elegido para dar comienzo a la acción de su obra.

El Autor.

Vi, asimismo cómo abrió el sexto sello; y al punto se sintió un gran terremoto y el Sol se puso negro...

San Juan. Apocalipsis. VI; 12.

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer era alta, esbelta, hermosísima; pero en su rostro de incomparable belleza se notaban las visibles huellas de la demacración producida por la falta de alimentos. La larga túnica que cubría las perfectas formas de su cuerpo caía en estudiados pliegues hasta tocar casi las áureas ajorcas que ceñían sus delicados tobillos, calzados con unas livianas sandalias sin apenas tacón. Tenía los torneados brazos cruzados sobre el pecho y sus grandes ojos negros, miraban el pavoroso espectáculo que tenía ante sí.

Se hallaba junto a un enorme ventanal del gigantesco palacio, de aquel remoto mundo en el cual ella era la reina absoluta. El palacio se encontraba sobre una prominencia geológica que dominaba la ciudad, inacabable en su extensión, pero de la que no llegaba ningún rumor; el silencio más absoluto era su dueño.

Veía, debajo de la semicircular abertura, miles y miles de personas, que, a su vez, miraban hacia ella, con suplicantes ojos, pidiendo mudamente algo que ella no podía conceder, de momento.

Todos los habitantes de aquella descomunal urbese hallaban en unas condiciones físicas mucho peores que las de ella. En millares de rostros se advertía una depauperación producida por la escasez de alimentos y millares de personas permanecían quietas silenciosas, sin fuerzas siquiera para quejarse, sin fuerzas para alzar sus brazos al cielo en demanda de una salvación para su muerte por inanición que, de continuar así, no podía hacerse esperar mucho.

El desolador panorama estaba completado por una casi absoluta noche, cuyas tinieblas no alcanzaban a ser disipadas por un astro de rojiza y moribunda luz que en ocasiones parpadeaba y vacilaba, como si la fuente de energía que la producía fallase, volviéndose a ver de nuevo aquel astro con su mortecina luz.

La mujer se mordió el fino labio inferior. Cada vez que ella veía un guiño del sol que alumbraba su planeta, sentía parársele el corazón en

el pecho. Cuando tal cosa ocurriese, la muerte cierta, segura, inevitable, se enseñorearía de ella y de su pueblo.

Tales amargas reflexiones ya se las había hecho la mujer en más de una ocasión. Aquella era una más.

Inició un movimiento para volverse a las habitaciones interiores, mas apenas lo había hecho, cuando un sordo rumor llamó su atención. Se apoyó con ambas manos en el alféizar, mirando hacia abajo.

Los demacrados rostros de sus súbditos miraban hacia arriba. En sus ojos se veía una luz de esperanza. Millares de descarnados y huesudos índices señalaban en una dirección y la mujer no pudo evitar el dirigir su vista hacia aquel punto remoto. Su pecho se inchó en un suspiro de alivio.

Decelerando constantemente, aumentando de tamaño gradualmente, una nave del espacio se dirigía hacia allí.

Unos pasos a su espalda le hicieron volver la cabeza. Un hombre, vestido con una túnica que dejaba al descubierto las piernas, de mangas cortas, mediana edad, aire resulto e inteligente, penetró en la estancia y se dirigió hacia ella:

—¡Vuelven, mi señora, vuelven! ¡Oh! Perdón... — y después de haber soltado la exclamación, retrocedió un par de metros, inclinándose profundamente.

Ella agitó una mano:

— Dejemos el protocolo para mejor ocasión, mi buen Arker. Los momentos no son muy propicios para guardar consideraciones.

— Reina mía, los expedicionarios no han querido transmitir ninguna noticia sobre los descubrimientos que hayan podido hacer en su viaje a través de las galaxias. Ello...—pero el denominado Arker se calló, no atreviéndose a proseguir.

— ¿Qué te ocurre, Arker?

— Mi señora, el hecho de que no hayan querido anticiparnos nada me produce, a mi pesar, lúgubres presentimientos.

La mujer sonrió débilmente:

— Vamos, vamos, Arker —le reprochó suavemente—. Deja los pesimismos a un lado. ¿No recuerdas que yo misma prohibí ninguna transmisión hasta que no se encontraran en la superficie de nuestro planeta? Anda. Ve y tráelos a mi presencia inmediatamente. Quiero saber al momento las noticias, buenas o malas, que hayan podido traer consigo.

— Sí, reina mía — se inclinó profundamente el hombre, que salió con paso acelerado.

La espacionave pasó muy suavemente por encima de las altísimas torres del palacio. La reina miró, indiferente y anhelante a un tiempo, la extraña construcción del aparato: tres esferas de grandísimo tamaño, unidas entre sí por una inextricable red de tubos y viguetas, sujetando firmemente los tres cilindros que unían entre sí dichas esferas, en las que se divisaban innumerables ojos de buey para la observación, por visión directa, del espacio en el que navegaban. Luego, el aparato, siempre reduciendo su marcha, desapareció en dirección al astropuerto, ansiosamente seguido por millares de ojos que cifraban en la metálica construcción su última esperanza de vida.

Largo rato hubo de pasar antes de que el silencio fuera roto en la habitación. Pero, al fin, se oyó el sordo rumor de varios pies dirigiéndose precipitada-mente hacia allí.

No necesitó ella escuchar ninguna palabra para saber que todos sus esfuerzos habían sido coronados por el éxito. Los rostros de los astronautas se veían triunfadores. La victoria regresaba con ellos.

Eran media docena, acompañados por Arker. Todos saludaron profundamente y la mujer hizo una señal para que hablaran. Se adelantó el jefe.

— Mi señora: hemos hallado un sistema solar que reúne condiciones perfectas para la vida de nuestro pueblo. Largos años ha durado nuestra exploración galáctica. Hemos recorrido el Universo de punta a punta. Hemos hallado infinidad de sistemas solares, pero sus planetas no reunían las condiciones de habitabilidad que precisábamos. Unos estaban demasiado próximos a su astro central y en los cuales reinaban temperaturas imposibles de soportar por nuestros organismos. En otros su sol se hallaba demasiado alejado y la temperatura ambiente era casi la del vacío sideral. Había muchos cuya distancia entre sol y planeta era correcta, mas no eran habitables por no ser mundos vivos, provistos de atmósfera.

»Pero al fin logramos dar con una aglomeración de cuerpos celestes idéntica casi a la nuestra, ya moribunda. Tienen un astro central, parecidísimo al nuestro antes de que, por causas todavía desconocidas, comenzara a agotarse su luz y su calor. Nueve planetas, a distancias variables, con un enjambre de satélites, lo rodean, habiendo tres al menos de ellos que pueden ser fácilmente habitados y colonizados por nosotros.

»No obstante, no terminan aquí nuestros descubrimientos. En el Tercer Planeta, contando desde su sol, habita una raza de exactas

condiciones físicas y psíquicas a las nuestras. Sus organismos son iguales a los nuestros y, lo que es más asombroso todavía, ¡pásmate, oh, mi señora!, viven como nosotros, de su sol.»

— ¿También heliívoros? — inquirió la reina estupefacta.

— También, mi señora — y el astronauta vio cómo las hermosas facciones de su reina adquirían un sonrosado color, color debido al júbilo, a la alegría de saberse salvada ella, juntamente con su pueblo.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó la mujer.

El piloto espacial sonrió satisfecho:

— He traído unas «muestras» conmigo.

— ¿Muestras? — inquirió la reina, sin comprender; pero el orador aclaró sus palabras al momento:

— Prisioneros, quise decir, mi señora.

— ¿Prisioneros? ¿Dónde están? Quiero verlos inmediatamente.

— Al momento, mi señora. Aguardan, debidamente custodiados, en la vecina estancia. Solamente esperaba tu permiso para hacerlos pasar a tu presencia.

— Tráelos. Que no tarden, Ergios.

Éste se volvió y ordenó algo a uno de sus hombres, quien se dirigió hacia la puerta de entrada al salón. La abrió y dijo unas palabras.

En aquel momento y con muy pocas ceremonias, con ninguna, sería más exacto decirlo, me empujaron hacia adelante. A mí y a cinco infelices como yo.

Y apenas había dado media docena de pasos, cuando me detuve estupefacto. ¡Cielos, qué maravilla de mujer!

No obstante, creo mejor empezar las cosas por su principio. Es lo mejor.

* * *

Alargué mi tarjeta y una cartulina, arrojándolas indiferentemente sobre la mesa, tras la cual se hallaba una estantigua con el rostro que más que humano parecía tallado en madera.

— ¿Elliot Kent? ¿Físico electrónico? — inquirió secamente, con voz de caña rota, Permisos.

— Y nuclear de propina, guapa — y me estremecí interiormente al aplicarle el indebido calificativo, Permisos y Vacaciones me miró por encima de sus gafas— ¡anticuada! —y su tono no tenía nada de amistoso.

— Limítese a contestar a mis preguntas, señor Kent. No admito calificativos que no me corresponden.

— No me lo jure. — Y la momia de madera tallada se coloreó con el carmín de la vergüenza. Continuó:

— De acuerdo con las cláusulas K9 y 27 R de su contrato de trabajo, le corresponden treinta días de vacaciones. ¿Las va a comenzar ahora mismo?

— ¿Estaría aquí si no fueran esas mis intenciones?— repregunté con todo descaro. Permisos volvió a gruñir—. Quiero descansar durante un mes. Alejarme de todo esto. Huir del bullicio. Buscar aire, luz y sol, al lado de un arroyo umbrío, fresco, con una caña de pescar o algo por el estilo. Olvidar máquinas, ecuaciones, átomos y calculadoras. ¿Qué le parece el programa?

— Aburrido — contestó Permisos lacónicamente, escribiendo unas líneas en una ficha. La metió en una maquinita que tenía al lado, apretando un botón y poniéndola en funcionamiento con una serie de ¡cricks! apenas audibles. Diez segundos después, la tarjeta salió por distintas ranuras y, tras echarle un rápido vistazo, me la alargó, devolviéndome la de identidad.

Permisos no pudo contener un agrio comentario:

— No sé para qué quieren algunos las vacaciones. Se mueren de hastío sin saber qué hacer, y a la semana de haberse marchado, vuelven a paso de carga a su trabajo.

— Yo no — repuse firmemente —. Verá usted lo agusto que pienso pasarlo sin verle a usted la cara durante treinta días. ¿Qué le parece, gua...? — pero no seguí. No le gustaban los piropos. Con su cara, tampoco a mí me habrían gustado.

Salí del gigantesco edificio. Examiné mis credenciales para las vacaciones. No quería ser molestado por la policía. Todo estaba correcto y en orden. Incluso la autorización para comerme un pollo, medio kilo de pescado, uno de pan, doscientos gramos de dulces, otro tanto de mantequilla, seis lechugas y seis coles y, por último, derecho a una taza de café diaria. Desconsolador panorama para un mes de vacaciones.

¡Al demonio con el que se le ocurrió la idea de la alimentación fotosintética! ¡Portarnos como si fuéramos plantas! ¡Puaf...!

Sí, señor. Viviendo del sol. Variando fundamentalmente nuestro metabolismo, absorbiendo el ácido carbónico del aire, transformándolo en proteínas, hidratos de carbono, albúminas y demás, bastaba la ingestión de una píldora diaria para que tuviéramos suficiente para todo el día. Lo demás lo hacía el sol. ¡Qué asco de vida! ¡Que el diablo cargue con el que inventó la pildorita y alejó de nosotros las probabilidades de imitar a Lúculo!

No obstante, los científicos habían demostrado concluyentemente que el organismo humano estaba construido para la ingestión de otros alimentos sólidos y líquidos, por lo que periódicamente cada uno de nosotros teníamos derecho a cierta ración de comestibles. Los sabios eran muy listos. Por algo eran sabios. Comprendían que si vivíamos solamente de sol, nuestro sistema digestivo acabaría por enmohecerse,y un buen día, tanto acaparar ácido carbónico y despedir oxígeno, nuestra piel comenzaría a tomar un hermoso color verde, en nuestros brazos brotarían unas hermosas hojas y nuestros pies echarían raíces, que se hundirían en la tierra, privándonos de la divina facultad de la locomoción. Y todo ello, para mayor sarcasmo, en una época en la que, más que corrientes los viajes interplanetarios, se rumoreaba que la fatídica «barrera de la luz», el superar los trescientos mil kilómetros por segundo, se había conseguido o estaba a punto de conseguirse. ¡Qué ironía!

Por ello los sabios habían dictaminado que al hombre le era necesario hacer entrar en funcionamiento, de vez en cuando, sin abusar, ¿eh?, que estaba muy mal visto, su estómago. Y por ello, yo, muy astutamente, me había provisto, para mis vacaciones, de un arma anterior al Diluvio: un arco y unas flechas. ¡Abajo la fotosíntesis! —pensé —. ¡Vivan los bistés!

— Quiero practicar un poco, ¿sabe, guapa?—esta vez el calificativo estaba bien aplicado y la vendedora se esponjó. Me sentí generoso. Saqué de mi bolsillo una cajita ovalada, metálica y abriéndola con cuidado se la ofrecí —. Ande, tome, no sea melindrosa.

— Gracias — sonrió la muchacha, tomando una píldora fotosintética—. Ahorraré de mi ración. Pero, dígame, ¿cómo se permite tales lujos...?

Me incliné hacia ella, con aire de conspirador:

—Tengo un tío que las fabrica en casa, ¿comprende?— y los enormes ojos de la muchacha se hicieron aún más grandes. Si algo había prohibido en la Tierra, era hacerse uno mismo las píldoras fotosintéticas. Como que la cabeza le bailaba sobre los hombros. No digo más.

Pero yo ya había salido del bazar y días después me hallaba en pleno campo. Los que disfrutaban de las vacaciones eran numerosos y yo, con un horrible aire de inocencia, me divertía soltando furibundos saetazos a todo cuanto se presentaba ante mi vista, procurando hacer bien patente mi falta de parentesco con Guillermo Tell. Quiero decir que no daba una en el blanco, pero no porque no quisiera, sino porque...

Porque no hallaba el blanco para mí deseado, que no era otra cosa que algún animal de pluma o pelo, apto para ser asado en una hoguera que yo mismo encendería. ¡Con decir que no me había olvidado de la sal siquiera!

La suerte me favoreció al fin, tras algunos días de andar en balde. Era cierto que había visto más de un ganso y más de una liebre. En cierto modo, prohibida terminantemente la caza de cualquier animal, aquello semejaba una Arcadia feliz, pero mis inclinaciones no eran nada bucólicas, sino todo lo contrario. Y, al fin, cuando menos lo esperaba, la ocasión que tanto había ansiado, la ocasión conjunta de soledad y conejo a la vista, se me presentó.

No vacilé un segundo y mi mano derecha, con la vira entre los dedos, distendió la cuerda hasta que casi tocó mi oreja. Seguí la presa y de repente...

¡Tuang!

Vibró la cuerda como el cordón de una guitarra. Un palito coronado de multicolores plumas voló por los aires y la flecha se enterró profundamente en elflanco del animal, que dio un par de espasmódicos saltos antes de quedarse definitivamente inmóvil.

Dos horas más tarde, en un lugar en el que yo pensaba estar seguro, una colección de rojas brasas doraban apetitosamente el animal y todas las papilas de mi lengua se deshacían de gusto pensando en el suculento banquetazo que iba a darme. ¡Cómo me hubiera gustado ver la cara de Permisos y Vacaciones, tan estricta y rígidamente cumplidora del deber! Seguro que se desmaya.

El animal estuvo, al fin apto para ser trasegado a mi estómago. Verdaderamente conmovía su dorado color y el delicioso aroma que exhalaban sus crujientes carnes, de modo que, siendo ya llegado el momento, lo retiré y me dispuse a hincarle el diente al grito de ¡Abajo la fotosíntesis!

Pero en el momento en que la primera pata tomaba ya contacto con mi boca, una pesada mano se apoyó en mi hombro y a su sola presión, un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal.

Me volví con precaución. Seguro que estaba lívido, blanco como la cera y, cuando vi los personajes que se hallaban detrás de mí, comprendí que me había caído con todo el equipo.

Nada menos que todo un teniente y cuatro guardias del Servicio de Vigilancia y Protección de Animales de Todas Clases me contemplaban con ojos que no prometían nada bueno para mí. Me puse en pie de un salto y comprendí que sería inútil ninguna excusa.

Miré aquellos duros rostros. Comprendí que no podía esperar la menor compasión de sus propietarios. Y mucho menos cuando el jefe de la patrulla murmuró, sarcástico:

— Conque devorando animales prohibidos, ¿eh? Cinco años de vacaciones en la Fortaleza Negra no hay quien te los quite amiguito.

Si antes ya estaba pálido, ahora casi me desmayé. ¡La Fortaleza Negra! El lugar a donde enviaban los peores criminales. Allí era donde yo, Elliot Kent, iba a ser trasladado, luego del correspondiente juicio, convirtiéndome una vez cumplida la condena, en un ex presidiario, un ser al que nadie miraría después a la cara; a quien nadie sería capaz de ofrecer trabajo, ni amor, ni amistad...

Me cegaron los pensamientos. Perdí los estribos y salté hacia adelante. No sabía ni lo que me hacía, pero mi única y repentina obsesión era librarme de tal condena, de tamaño ludibrio. ¡Huir! era mi solo deseo.

El teniente, sin poder empuñar siquiera su desintegradora, fue levantado del suelo por el fenomenal puñetazo que recibió en la mandíbula. Arrastró consigo a dos de sus hombres, formando, durante un segundo, un informe revoltijo de brazos y piernas agitándose desesperadamente y, durante esa misma fracción de tiempo, creí en mi salvación. Nadie me había visto la documentación, nadie sabía mi nombre, así es que me sería fácil largarme de allí. Después, ¡que me echaran un galgo en la ciudad...!

Los otros dos guardias se arrojaron sobre mí. El primero se dobló agónicamente cuando mi pie se hundió en su barriga y dejó de preocuparse por el conejo y por mí. El cuarto quiso sacudirme un culatazo, pero se lo esquivé, agarré su muñeca y lo hice dar una preciosa voltereta, estrellándolo contra un árbol y apartándole de la lucha.

Quise echar a correr, pero en aquel mismo momento un martinete hidráulico cayó sobre mi cabeza. Millones de lucecitas comenzaron una danza enloquecida delante de mis ojos, y lo último que vi fue la desagradable sonrisa del teniente, que alzaba su brazo para repetir el culatazo.

El segundo golpe ya no lo sentí. Me había desvanecido.

CAPÍTULO II

Las piernas se negaron a sostenerme cuando escuché la sentencia. Sabía, desde que me detuvieron, lo que me iba a pasar, pero, como la esperanza es lo último que se pierde, nunca dejé de pensar en escapar solamente con una simple amonestación, alguna fuerte multa o, cuando más, con una degradación de mi categoría científica. Esto último, en cualquier otra circunstancia, me hubiera parecido algo horrible, espantoso, pero, después de conocer la condena, más de lo que me había pronosticado el oficial a quien abatiera, me hubiera parecido la máxima felicidad posible en el planeta.

El juez habló sin que apenas se moviera un solo músculo de su impasible rostro.

—Elliot Kent, físico electrónico y nuclear, perteneciente a la categoría de los «gammas», convicto y confeso de haber matado a un animal, no en propia defensa, sino para su uso personal en la alimentación, queda condenado a cinco años de prisión en la Penitenciaría Sideral de Plutón. Por otra parte, también es culpable de agresión y desacato a un oficial y su patrulla, perteneciente al Servicio de Vigilancia y Protección de Animales de Todas Clases, por lo que la pena para este segundo caso es de cinco años, también en la misma Penitenciaría, y que cumplirá a continuación de la anterior.

Yo estaba anonadado.

El juez golpeó con un macillo en la mesa y concluyó:

— ¡Caso fallado! Guardias, conduzcan al condenado a su celda hasta que llegue el momento de su traslado a Plutón.

Me tuvieron que llevar casi a rastras. Apenas percibí los compasivos murmullos de los concurrentes a la audiencia pública.

¡Diez años en Plutón! ¡A seis mil millones de kilómetros del Sol! Siempre en una noche perpetua, con temperaturas de —243°, sin respirar más que aire acondicionado, sin ver una planta verde, sin gozar de las delicias de tumbarse a la orilla de un fresco riachuelo, sin... Tantas cosas iba a perder, que no era posible enumerarlas.

— Y no es eso todo, Elliot —me dijo Cass Smithers, mascando pensativamente una apagada colilla que le pendía de uno de los labios

—: Aguarda y verás lo bonito que resulta trabajar con casi cuatro gravedades y media. Para levantar una piedra queaquí pesaría veinte kilos, allí tendrás que hacer .esfuerzo de noventa. ¿Qué te parece, compañero? Y, a propósito, ¿cuánto pesas tú, Kent?

—¡Psé!... Unos ochenta — dije al desgaire.

Smithers hizo unos rápidos cálculos mentales y luego sonrió:

— Bueno, pues ya verás lo bonito que es encontrarte con que tus piernas tienen que sostener un cuerpo que pesa trescientos cuarenta y cinco kilos. Te divertirás, amigo. Yo ya he pasado por esa experiencia y sé lo que es.

Miré á Cass Smithers con curiosidad Tenía el cuerpo menudo y rechoncho y el rostro más desfigurado que había visto en mi vida. Le faltaba un ojo y toda su cara estaba surcada de horribles cicatrices, causadas, según decía, cuando quiso evitar la explosión de uno de los reactores nucleares de su nave espacial. Pudo conseguirlo, pero ¡a qué precio, Santo Dios! Y lo malo del caso es que no solamente no se lo agradecieron, sino que en cuanto regresó a la Tierra le aplicaron un fenomenal puntapié al final de la espalda, al mismo tiempo que le retiraban la licencia de vuelo. Desde entonces había ido rodando y dando tumbos por el mundo, algunos de ellos no muy honestos que digamos, lo que le había valido ya un par de condenas en Plutón. Esta era la tercera y, con sus antecedentes, le habían soplado doce años, dos más que a mí.

— Total, por sacudirle una bofetada a un guardia, cuando me quiso echar del bar. ¡Decirme que estaba borracho! ¡Si no me había bebido más que botella y media! — bufó despectivamente.

Volví sobre el mismo tema:

— ¿No es cierto que para atenuar los efectos de la excesiva gravedad en Plutón, dan una especie de medicina todos los días?

Alguien, a mi derecha, rió amargamente. «Happy» Lerks, alto, hético, pareciéndose quebrar a cada movimiento de su cuerpo de termómetro. Cinco años — igual que yo — por una gallina. Pero no le habían condenado a más porque en cuanto le echaron el guante se sometió sin resistencia. Tenía dos años en su haber por un intento de lo mismo. Conocía, pues, bien la Fortaleza Negra, nombre vulgar de la oficial Penitenciaría Sideral.

— ¿Medicina? — y su voz sonó harto irónico—. El reglamento dice que a cada condenado se le suministrarán diariamente tres tabletas AntiGe. Pero, ¿resulta así en la práctica? No. ¿Por qué? Porque, tanto el alcaide como los demás funcionarios saben que, a pesar de todo

resulta insuficiente la dosis y, ¿qué es lo que hacen? Ellos también pesan, como es lógico y desean atenuar los efectos de la enorme gravedad de Plutón. Las tabletas AntiGe se las envían desde aquí. Tantos funcionarios, tantos presos, tantas tabletas. Cuenta redonda, si Pitágoras no miente. Pero, como ellos no tienen suficiente, tienen que buscar una solución. ¿Cuál? Privarte de un tercio, de media, o de toda la ración, según su capricho. Por nada se inventan un motivo para aplicarte un castigo, ya que, según ellos has violado el reglamente. No te encierran en una celda, no te muelen a palos, no te sumergen en una piscina de agua helada. No. Nada de eso. Uno, cinco, diez días con la ración de AntiGe disminuida. Esto lo prohíbe el reglamento, pero, ¿va alguien a investigar? Resultado: el preso es el único que se salta á la torera la ley, y el funcionario es el único fiel cumplidor de ella. Así vienen luego las enfermedades, la debilitación progresiva y, por último, el hincar el pico. Hay que ser, pero que muy resistente para soportar un par de años allí.

— Y no es eso todo, Elliot — gruñó Slimmy Rogers. Lo mismo que yo también: el atractivo de la carne asada y crujiente. Cinco años. Otro veterano de la Fortaleza Negra —: Suponiendo que te den la ración completa de AntiGe, ¿se la dan a las piedras que tienes que partir y levantar?

— El cuadro finaliza — terció por último Blackie Onson—, con el colocarte el traje aislante. Ya que tú pesas un rato, sin que te haga falta ni un pañuelo, ponte un traje que ya aquí en la Tierra son veinticinco kilos a soportar para que en Plutón te representen más de ciento a transportar sobre tus costillas. No irás a suponer que se trabaja en cámaras estancos, ¿verdad?

Abrí la boca para responder algo, pero en aquel momento la puerta de la celda giró sus charnelas y una persona entró en el reducido habitáculo. Instintivamente, y sin que nadie nos dijera nada, todos nos pusimos en pie. A fin de cuentas, ladrones o no, todos éramos unos caballeros y era una dama la que había entrado allí.

Quedamos maravillados por la aparición.

— ¡Hola! — dijo la muchacha, de hermosísimos ojos azules, cortos cabellos de color de oro viejo y tipo como para marear al más templado.

Cuatro «¡holas!» la respondieron. Fui, no sé por qué, el primero en alargar la mano. Me presenté y presenté asimismo a mis compañeros, diciendo su nombre y particularidades de cada uno de ellos. La muchacha respondió:

— Me llamo Ruth Dugan y me han condenado a tres años en

Plutón.

— ¿Por qué? — inquirí, curioso, dándome cuenta de que la chica vacilaba y se sonrojaba. Al fin, se decidió a hablar.

— Trabajaba en una oficina del Gobierno. El jefe... bueno, me da vergüenza decirlo, pero en vista de que no consiguió lo que quería, me echó una zancadilla... Por eso me condenaron a tres años.

— ¡Qué barbaridad!— mascullló Onson—. Y, ¿no ha podido demostrar su inocencia?

Ruth se encogió de hombros:

— ¿Qué podía hacer yo? Era un hombre muy respetado, con muchos años de intachables servicios, y sus palabras merecían el crédito de todos. En cambio, yo era una recién llegada y... Bien. ¿Para qué seguir?

Sí. Tenía razón Ruth. ¡Para qué seguir! ¡Para qué tantos adelantos, tanta civilización, si lo único que habíamos conseguido en la Tierra era caer en las manos, o mejor dicho, en las garras de unos forajidos que, so capa de unas leyes más o menos justas, nos gobernaban de una manera que el más feudal de los señores feudales del medievo se hubiera sentido avergonzado! Era cierto que, con la superpoblación del planeta, con la escasez de alimentos, con la rígida distribución de éstos, había que atenerse a leyes que, en medio de todo, no dejaban de ser justas. Más, ¿era necesario castigar a un hombre a cinco años en el peor penal del Sistema? ¿Era necesario condenar a una pobre mujer, casi una niña, a tres horribles años de prisión, solamente por el hecho de haber defendido su virtud?

— Pues todavía os falta algo — rió nuestro guardián, un par de horas más tarde, cuando vino a buscarnos para llevarnos al astropuerto —: Se va a experimentar con vosotros el cohete fotónico.

— ¿El cohete fotónico? — no pude evitar el dar un paso atrás. Smithers palideció como un difunto. Los otros, incluida Ruth se quedaron atónitos, sin comprender del todo lo que había querido decir el guardián.

— Sí. Parece ser que ya se ha logrado rebasar la velocidad de la luz — repuso el vigilante.

—Pe... pero...—tartamudeé, lívido ante la inesperada y sensacional noticia—. Si todos los cohetes anteriores desaparecieron misteriosamente al llegar a doscientos noventa mil kilómetros al segundo — por mi condición de físico yo estaba enterado de los últimos avances en tal sentido y sabía que todas las pruebas realizadas hasta el presente habían terminado con rotundos y mortíferos

fracasos.

— Bueno — contestó gárrulamente el guardián —: Eso parece ser que fue ayer. Hoy es otra cosa. Creo que han inventado un cacharro... no sé cómo lo llaman... Creo que le dicen el dispositivo MAV. Anula los efectos de la aceleración o algo parecido. Yo no estoy muy enterado y, de todas formas, como yo no voy a ser uno de sus pasajeros... —y el bárbaro soltó una fenomenal carcajada que casi hizo temblar las paredes —: ¡Hala, vámonos, que se nos hace tarde!

— Un momento — adelanté la mano, conteniéndole—: ¿Es que piensan enviarnos solos? ¿Quién va a pilotar esa nave?

El hombre se encogió de hombros:

— No lo sé. Dicen que la tripulación se ha escogido de entre los pilotos militares sancionados, como una forma de hacerles borrar sus pecados. Si mueren... ¡bah! Lo que sobran son pilotos espaciales. Y si viven, se convertirán en unos héroes.

— Sí. A la fuerza — musité, echando a andar y, sin darme cuenta, emparejándome con Ruth.

— Pues estamos apañados — gruñó Smithers —: Malos son los doce años en Plutón, pero que, sin comerlo ni beberlo te encuentres convertido en un montoncito de materia cósmica, tampoco tiene la menor gracia. Al menos para mí.

Los restantes hicieron análogas manifestaciones de descontento, pero no cabía ninguna solución ni remedio por lo que, horas más tarde, transvasábamos de la estación espacial, situada a cuarenta mil kilómetros de distancia de la superficie terrestre, y hasta la que habíamos sido transportados en cohetes ordinarios, a la nave espacial que, por primera vea en la Historia de la Humanidad iba a traspasar la que hasta entonces había sido la mortífera «barrera de la luz». Todo astrocoche que había intentado rebasar el límite de los trescientos mil km/seg., había desaparecido sin dejar el menor rastro. Ni siquierase había visto el fogonazo subsiguiente a la explosión. Pero la duda era la siguiente: ¿Había habido tal explosión? O, por el contrario, ¿había desaparecido la espacionave, sin dejar el menor rastro, como disuelta en el inmenso vacío? Preguntas eran éstas a las que ningún ser humano podía dar la adecuada respuesta. Nosotros íbamos a ser, junto con la tripulación, quienes desgarrásemos ese misterio oculto hasta entonces. Lo malo es que, sabiendo lo que ocurría al llegar tal límite de velocidad, no pudiéramos contarlo a nadie. Pero, como ya he dicho antes, no había medios de resistirse. Los argumentos que empleaba nuestra escolta eran demasiado convincentes y el menor conato de resistencia hubiera bastado para convertir al osado que quisiera

negarse a embarcar, en una nubecilla de humo verdoso. Un condenado a Plutón no merecía otro trato, ni se le daba gran importancia a su vida.

La nave que nos iba a transportar hasta el noveno planeta de nuestro Sistema no se parecía en nada a los clásicos cohetes de larguísimo fuselaje y toberas al final, junto con unas cortas aletas para servirse de ellas y planear eh los lugares con atmósfera. Nada de eso.

El fundamento básico de la astronave eran dos cilindros, no muy largos, unidos, entre sí por otros dos, a manera de puentes, más estrechos y más cortos. Aquéllos servían de alojamiento a la tripulación y los pasajeros. Los segundos contenían las máquinas y el combustible y en el que se hallaba más cerca de la popa se veían unas cuantas toberas, al menos doce o quince, por las cuales saldrían despedidos los gases que nos impulsarían hacia adelante, a seis mil millones de kilómetros de distancia.

— ¡Hum! — rezongó Smithers, que, como antiguo piloto espacial, conocía los efectos de las altas velocidades—. Si resistimos la aceleración, en poco más de cinco horas podemos estar allí. Esto no me gusta un pelo y...

La estridente voz del capitán llegó hasta el departamento en que nos habían alojado a los condenados. Aparte de nosotros seis, había una docena más de desgraciados a quienes su mala suerte, o sus crímenes, porque también había algunos para los cuales el juez no había sino hecho aplicar con estricta justicia la ley, había llevado hasta la cárcel, y todos nos apresuramos a tendernos en nuestros lechos, sujetándonos a los mismos con sólidas correas. Ayudé a hacerlo a Ruth, la cual me lo agradeció con una sonrisa, y repetí la faena en mi propio cuerpo. El capitán estaba, más que molesto, furioso por el encarguito que se le había dado y le importaba un bledo arrancar con uno o todos nosotros sueltos o desatados. El que nos convirtiéramos en una pulposa masa sangrienta, pegada contra las paredes, que luego sería necesario recoger con aspiradores, le importaba muy poco, máxime cuando sabía que perfeccionadísimos detectores le irían siguiendo y controlando la velocidad alcanzada. Si no cumplía las órdenes dadas, ya podía considerarse hombre muerto.

Aullaron de nuevo los altavoces. Se oyó claramente las órdenes de partida.

— ¡Capitán a jefe de máquinas! Mecanismo Anti- Velocidad en marcha.

— ¡Jefe de máquinas a capitán! MAV en marcha. Puede arrancar cuando quiera.

— Está bien. Controlen el tiempo. Queda un solo minuto. En el segundo cero iniciaré el escape de la estación.

Instintivamente, todos los ojos de cuantos nos hallábamos allí se clavaron en la roja saeta que, girando más aprisa de lo que nos convenía, devoraba implacablemente los segundos. Contuvimos la respiración.

La manecilla escarlata fue avanzando, imperturbable. A ella le era indiferente todo lo que nos ocurría. Su punta fue recorriendo la esfera graduada e, instintivamente, sin saber cómo, noté que mis dedos se Contraían, agarrando con toda firmeza el borde de tubo de acero de mi litera.

El segundo cero llegó. Contra mi opinión, con infinito asombro por mi parte, no notamos absolutamente nada.

Repentinamente, la Tierra desapareció. La luz que nos llegaba de ella, cincuenta veces más que la lunar, se esfumó como si alguien hubiera dado media vuelta a un interruptor. Alargué el pescuezo, queriendo averiguar de lo que se trataba, pero me di cuenta de que no podía hacerlo. Algo tiraba de mi cabeza, de mi cuerpo, de mis brazos, de todo mi organismo, hacia atrás, como resistiéndose a dejarme marchar. Sentí un infinito ahogo y advertí cómo mi cuerpo se hundía en la blandura de la colchoneta.

No era mi primer viaje sideral. Había hecho algunos, por puro recreo y sabía lo que era la aceleración. Así es que, en contra de quedarme sin sentido, opoco menos, como ocurría habitualmente en los otros cohetes, antes de un minuto, noté la extraña y eufórica sensación que me produjo la falta de peso, propia de la ausencia de gravedad. Me dispuse a soltar mis correas, viendo que otro de los condenados ya lo había hecho y se había puesto en pie, pero en aquel momento ocurrió la cosa más espantosa de todas cuantas he presenciado en mi vida.

— ¡Atención! — se oyó gruñir por los altavoces al capitán —: Vamos a pasar al régimen de alta velocidad. Son diez mil kilómetros por segundo los que llevamos ahora. Estoy acelerando para pasar a los cien mil.

Me sentí echado nuevamente hacia atrás. Y en aquel momento, el penado que se había despojado de sus correas y, anticipadamente puesto en pie en el suelo, pasó por delante de mis estupefactos ojos, agitando desesperadamente brazos y piernas.

La escena duró apenas un cuarto de segundo, durante cuyo lapso de tiempo el hombre, arrancados sus pies del pavimento, pareció volar en un interminable «ralentí», que parecía no tener final jamás, pero que,

de súbito se resolvió en una mancha roja cuando su cuerpo chocó contra el mamparo metálico sobre el que se hallaba el reloj, disolviéndose ropas, huesos y músculos en una lluvia bermeja que se esparció por toda aquella parte de nuestro alojamiento.

Hasta mis oídos llegó el alarido nervioso de Ruth para quien, como todos, había sido demasiado fuerte el espectáculo. Después, una neblina se puso delante de mis ojos y caí en una semiinconsciencia, durante la cual apenas tuve una vaga noción de las cosas.

No sé el tiempo que duró aquel estado de cosas. ¿Días? ¿Horas? ¿Minutos? Sólo recuerdo que, cuando mis pupilas recobraron el normal enfoque de la visión, a nuestra derecha, en medio de una inmensa noche sideral, se divisaba un globo negruzco, opaco, sin que un rayo de sol alumbrara su tétrica superficie. No hizo falta que nadie me lo dijera. Aquel planeta era Plutón y en aquel cuerpo cósmico, en aquel desolado rincón del espacio tenía yo que pasarme diez horribles años.

CAPÍTULO III

— Espero que hayan entendido bien las instrucciones— nos dijo James Worthington, alcaide de la Fortaleza Negra. Todos los condenados, incluidas Ruth y dos mujeres más, cuya profesión, antigua como los tiempos, iba estampada claramente en sus ajados rostros, estábamos en fila ante su despacho —. No quiero imponer ningún castigo. Ustedes deben procurar cumplir el reglamento que, si se fijan bien, se darán cuenta de que no soy yo quien lo ha escrito y de esta manera todos viviremos felices.

— Ahórrese las palabras, alcaide — dijo Onson con toda desfachatez—. Lo que nosotros queremos son las pastillas AntiGe. Sólo nos han dado una por día. Llevamos aquí ya cuarenta y ocho horas. ¿Dónde están las restantes?

— Eso ya no es cuenta mía, sino del intendente — repuso Worthington, levemente desconcertado —. Yo...

— Menos palabras y más pastillas — gruñó Smithers —: Usted dice que hay que cumplir el reglamento. ¿Por qué no empieza usted primero? Nos sabemos de memoria lo que dice ese folleto que nos entregaron apenas desembarcamos. No habla para nada de que los funcionarios de la Penitenciaría se aprovechen de su posición oficial para...

— ¡Cállese, Smithers! — gritó el alcaide —: Le conozco a usted. Una vez nos provocó un motín y no estoy dispuesto a que me repita la faena.

— Ni nosotros a dejar que se nos atropellen nuestros derechos. Por otra parte, si no nos dan nuestra ración de AntiGe, ¿cómo quiere que trabajemos?

— Está bien. Veré ahora mismo al intendente y haré que repare su... olvido.

— Si la cosa no se tuerce, parece que marcha mejor— dijo Rogers.

El alcaide tocó un timbre y un hombre de uniforme apareció en la puerta.

— Lléveselos a sus celdas — ordenó—. Cada uno de ellos tiene ya su distribución hecha.

— Sí, jefe — contestó el hombre, que nos acució para que saliéramos de la estancia.

Empezamos a andar. ¿Andar? Bueno. ¿Quién andaba con aquella enorme gravedad, debida a la gran densidad de la masa plutoniana? Arrastrar los pies y gracias. Nuestros cuerpos pesaban horriblemente y nos parecía llevar una sobrehumana carga encima de nuestros hombros. Cada uno de nosotros parecía unnuevo Atlante cargado con el mundo a sus espaldas.

Vista desde fuera, la Fortaleza Negra tenía muy bien justificado el apodo que le dieron sus primeros ocupantes y que se había ido transmitiendo, de boca en boca, de generación en generación, a través de los siglos. Oscura, amenazadora, gigante, rodeada por espesísimas nubes de su atmósfera en pocas ocasiones, ya que la frialdad de su atmósfera y la velocidad de su rotación apenas impedían la formación de las mismas, parecía hallarse sumergida en el interior de un mar líquido de hidrógeno y helio, los gases que allí eran el «aire» de Plutón.

Sus torres, sus edificaciones, todas tenían el mismo aspecto terminal: la clásica cúpula, esférica, algo achatada, en que concluyen todas las construcciones en lugares en que no hay oxígeno respirable y cuyo interior debe ser estanco. Unas más altas que otras, de diferentes diámetros, pero todas de planta circular, unidas entre sí por grandes túneles semicilíndricos, la Penitenciaría era un formidable, al par que aterrador conjunto de casamatas, cuyo sólo aspecto era capaz de impresionar al más templado.

Me despedí de Ruth. Las mujeres iban a otro departamento. Se las destinaba a labores menos penosas que las nuestras, las cuales — ya

me había anticipado Smithers en qué iban a consistir — era mejor no hablar. Nunca mejor aplicado el calificativo de forzados. Arrancar, no solamente de su superficie, sino del interior, los metales preciosos en que abundaban aquel planeta: el osmio, el platino, el oro, el tungsteno y el uranio y por muy perfeccionadas máquinas que nos aliviaran el trabajo, siempre sería ésta una labor que ni el Dante hubiera imaginado para sus condenados en el Infierno.

Seis meses más tarde, al regresar de la mina, me dejé caer sobre el camastro, rendido, jadeante, agotado, completamente exhausto. En verdad que ya no podía con mi pobre cuerpo.

Lo primero que hacíamos era, tras el desayuno, con el que tomábamos la primera — y muchas veces única pastilla de AntiGe—, era embutirnos en los pesadísimos trajes aislantes. Aislantes, no solamente del frío exterior, de —243°, sino de la radiactividad de que estaba impregnado el planeta y que, a la larga, acababa invadiendo los organismos. Unos trajes que apenas dejaban libertad de movimientos, con una espesísima escafandra transparente y después de equipados nos encaminábamos por las aceras deslizantes hacia el lugar de concentración. Allí los guardianes nos distribuían según las órdenes que nos habían dado y hasta doce horas después no regresábamos a la Fortaleza. Cenábamos — como allí apenas llegaba la influencia solar, no había fotosíntesis y, por lo tanto, nuestros alimentos tenían que ser a base de tabletas de concentrados — y a dormir, después de haber pasado la correspondiente lista.

¿Dormir? ¿Quién dormía, sintiéndose encima trescientos kilos de peso? Creo que, ni aunque nos hubieran doblado la ración de AntiGe hubiéramos dejado de advertir tan penosa sensación. Los que ya llevaban mucho tiempo allí o, quienes como mis compañeros, eran prácticamente unos veteranos, lo pasaban mejor, pero en cuanto a mí, he de confesar que, a los seis meses seguía lo mismo que el primer día.

— Ya te acostumbrarás — sonreía Smithers socarronamente.

— Pues no faltaría más — dijo «Happy», descalzándose una pesada bota y arrojándola a un rincón de la celda—. Yo conocía a un tipo, Aston Barringer, que se encontraba tan ricamente en Plutón, que el día en que se lo quisieron llevar a la Tierra, se agarró con tanta fuerza que hubo que separarle las manos con un soplete energizado, Sí. Eso hubo que hacer.

— ¡Qué barbaridad! — exclamé asombradísimo —. ¿Cómo le había tomado tanta afición a esto? Yo no me quedaría aquí por todo el oro de Plutón.

— ¡Oh! Muy sencillo, Elliot. Barringer tenía sobre su conciencia

algo más negro que esta Fortaleza. Un crimen y, claro, la cámara desintegradora la esperaba en nuestro planeta. Por eso tuvieron que traer un soplete y energizarlo, para arrancarle de los barrotes de la celda.

—¿Y... y lo... lo consiguieron? — pregunté con el alma en un hilo, absorto por la narración de «Happy» Lerks. Éste paseó su mirada socarronamente por las restantes caras de mis compañeros de celda, pero yo no me di cuenta.

— Sí. Solamente pudieron despegarle una al rebelde Barringer.

— ¿Nada más?

— Fue suficiente.

— ¿Cómo suficiente? ¿Acaso le segaron la otra por la muñeca?

— No — dijo muy serio «Happy» —: Con la mano libre tomó el soplete y se lo metió en la boca. Antesde que transcurrieran treinta segundos, cuando los vigilantes quisieron intervenir, Barringer ya tenia los pulmones la mar de asaditos. No. No le desintegraron.

Miré de reojo a «Happy», aparentemente ocupado en desatarse la otra bota. Pero, en su inexcrutable rostro no pude saber si aquello que acababa de contarnos había sido realidad o había querido divertirse a costa de nosotros, especialmente de mí, que en medio de aquellos «empedernidos criminales», era la infeliz avecilla del cuento. Por sí o por no, solté un bufido de desprecio y me tumbé en mi litera, al cabo de diez minutos de faena que me dejaron sin aliento, dispuesto a pasar una noche más de las tres mil cuatrocientos treinta, aproximadamente, que aún me quedaban.

Pero seis meses más en Plutón, un largo, infinito e inacabable año, que soporté sin saber cómo, ignorando de dónde había sacado las fuerzas para vivir en aquellas infrahumanas condiciones, me convencieron de que no podría soportar los nueve restantes, más tres meses de propina por haber inutilizado una perforadora, propina que me largó Worthington, el alcaide, de acuerdo con el reglamento. Sin embargo, también el reglamento prescribía que las herramientas de los forzados debían hallarse en óptimo estado de conservación. ¿Acaso era mía la culpa de una deficiente soldadura en la cámara de presión de la perforadora? Gracias a que me di cuenta a tiempo y corté la energía. De lo contrario, me hubiera convertido en pedacitos de carne y hueso, juntamente con los otros cuatro compañeros de esclavitud. Pero denada me valieron las excusas, ni siquiera el demostrar taxativamente la deficiencia de la máquina. Los tres meses más de condena cayeron de forma inapelable para mí, y gracias tuve que dar que Worthington pasó por alto mis cáusticas y mordaces respuestas.

— Esto no puede continuar así — dije un día, al regresar a la celda.

— Tienes razón — murmuró sombríamente «Happy», con la cabeza entre las manos—. He estado otras veces aquí, y el régimen era paradisíaco comparado con éste. Handek, el anterior alcaide, era mucho más humano y comprendía que los penados también somos de carne y hueso. Pero este Worthington…

— Y, ¿no hay probabilidades de una fuga? — inquirí. La idea ya hacía tiempo que se iba incubando en mi pecho.

Cass soltó una amarga risotada:

— ¡Qué cosas tienes, Elliot! ¿Una fuga? Y, ¿adonde piensas que puedes marcharte? Lo menos te figuras que las espacionaves pululan en el astropuerto como si esto fuera la Tierra o Marte.

— Alguna vez viene un aparato que trae una expedición de condenados y se lleva a los que ya han sido licenciados, por cumplir su pena, ¿no? Si mis cálculos no fallan, esto ocurre cada cuatro meses terrestres, tres veces al año. De modo que la única dificultad estriba en planear la evasión de modo que coincida, no con la llegada, puesto que ya sabéis que la astronave permanece aquí una o dos semanas, sino con su partida.

— Casi nada — dijo con evidente sarcasmo Onson —. No he visto teoría más fácil de demostrar.

— Pero, ¿cómo te las arreglas hasta llegar allí? — gruñó Slimmy —. Y después queda, suponiendo que salves todos los obstáculos — ¡y qué obstáculos, Dios Santo!—el problema de pilotar la nave… ¿hacia dónde?

—Este problema tiene fácil resolución—repuse —: Para algo tenemos aquí a Cass Smithers.

Denegó el aludido:

— Chicos, no sé si me atrevería a hacerlo. Este tipo de aparatos es completamente nuevo para mí. Después, suponiendo que lo consiguiéramos, tendríamos que largarnos fuera de los confines del Sistema. Tened en cuenta que nos llevaría más de cuatro años de viaje el llegar a «alpha» del Centauro. Y una vez allí, ¿qué ocurriría? Nadie ha explorado aquellas regiones del espacio. Es muy probable que nos encontráramos con un sistema planetario similar al nuestro, pero también puede ocurrir que no lo hallemos. ¿Qué haríamos entonces? ¿Vagar toda nuestra vida encerrados en los estrechos límites de la cabina de una astronave? No. Ni siquiera podríamos hacer tal cosa. Se habrían agotado antes, muchísimo antes, los víveres y el hambre sería

con nosotros. Mala perspectiva, chicos.

— Eso es lo que le dije yo en cierta ocasión a Teddy Slocum — terció «Happy», tumbado en su litera, con las manos detrás de la nuca —, cuando intentó largarse de aquí. Todo le salió la mar de bien. Incluso llegó a esconderse en la espacionave. Pero como era todo menos un piloto, no conocía la distribución del aparato y, en vez de encerrarse en el almacén de víveres, no se le ocurrió otra cosa que meterse en el repuesto de trajes de vacío. Claro, no se iba a comer el plástico de las escafandras y al fin el hambre le hizo salir de su escondrijo. ¡El muy imbécil! Le estuvo bien empleado lo que le pasó, por no hacer caso de mis consejos.

— ¿Qué le ocurrió? — inquirí, anheloso. Quizá yo algún día pueda hallarme en el mismo lugar que el citado Slocum y debería hallarme prevenido para cualquier contingencia.

— ¡Oh! Nada. Nada de particular —dijo volublemente Lerks —: El capitán de la nave lo puso en conocimiento del alcaide Handek y éste, que en medio de todo no era malo, pero que tampoco perdonaba las cosas como la de que nos estamos ocupando, le contestó que para qué tenían un vertedero de desperdicios. En consecuencia, el pobre Teddy fue considerado como un puñado de papeles viejos y lanzado al espacio, donde todavía debe andar convertido en un astro de nueva especie.

«Happy» Lerks hizo una pausa y finalizó su relato:

— Me parece que le vi al pasar cuando vinimos. Debe conservarse la mar de bien, con tanto frío como hace en el vacío.

— ¿Sí? —Mi ingenua pregunta levantó un huracán de carcajadas, pero la agria voz del vigilante las cortó en seco:

— ¡A dormir, haraganes! ¡Ya es la hora!

— Bueno, bueno, Mustafá. No hace falta que berrees tanto. No somos sordos — rezongó Smithers, obedeciendo.

Miré al guardián y me di cuenta de que el apodo provenía de sus enormes mostachos en forma de acento circunflejo. En cualquier otra ocasión le hubiera sacado la lengua, pero ahora no tenía siquiera ánimos para ello. Me conformé con lanzarle una venenosa mirada y, furioso y avergonzado, me tendí en la litera, con el cerebro ocupado con la idea de mi evasión, que ya era algo obsesionante para mí. ¡Huir! ¡Largarme de allí! ¡Como fuera y al precio que fuera! No podía soportar un día más. Y todavía me faltaba algo para colmar mi amargura y sed de fuga.

Otra noche más. Volvíamos del trabajo y pasamos a recoger la

cena. Como allí el sol y nada eran lo mismo no se podía hablar de alimentación fotosintética, por lo que los alimentos, sin ser nada del otro mundo, podían considerarse como pasaderos, aunque tampoco se estiraban gran cosa en las porciones. Sin embargo, no fue esto lo que me sublevó, sino...

Alargué mis manos y tomé la bandeja con varios departamentos, en los que ya se hallaban los componentes de la cena, incluido el pote con ¿café? Bueno, digamos que era café. Pero al echar un vistazo al diminuto receptáculo en el cual debía hallarme la tableta AntiGe, la eché en falta. Me quedé inmóvil.

Mustafá estaba aquella noche en el turno de cocina, vigilando el modo con que los cocineros repartían la cena.

— ¡Vamos, vamos! — me increpó —. ¿Es que no tienes suficiente, piojoso?

Lo miré de hito en hito y repliqué con sequedad:

— ¡No!

— ¿Qué te falta? Vamos a ver Me parece que lo tienes todo, ¿no?

— ¿Y la tableta AntiGe? Hoy no nos han dado más que una a la salida para el trabajo ¿Cree que así podemos rendir la labor señalada?

Mustafá se encogió de hombros:

— ¿A mí que me cuentas? Díselo al intendente. O al alcaide Y largo ya de aquí, que estás estorbando a los demás.

Sentía clavados en mi nuca los ojos de mis compañeros, Smithers, «Happy», Rogers y Onson me rodeaban y percibí con toda claridad la tensa expectación que flotaba en el ambiente. Los murmullos se habían escuchado al notar la falta de AntiGe en la cena, pero ninguno se había atrevido a protestar tan abiertamente como yo. Y estaba ya más que harto. Las palabras de Mustafá acabaron por sublevarme; un velo rojo pasó por delante de mis pupilas y perdí la noción del lugar en que me encontraba cuando el vaso colmado de mi ira recibió la gota que lo desbordó definitivamente,

— ¿Conque el intendente o el alcaide, eh? — mascullé—: ¡Pues llévales esto de mi parte!

«Esto» fue nada menos que la bandeja con la comida que se estampó con terrible violencia contra el grasiento rostro de Mustafá, poniéndole perdidos los bigotes, con infinita delectación por mi parte. Y luego, para remachar mi gesto, le sacudí un terrible puntapié en el vientre que lo sentó en una caldera humeante.

El guardián lanzó un alarido feroz, tanto por el dolor que sintió en su prominente barriga, como porlas quemaduras que se le produjeron al final de la espalda. Y aquello pareció como si hubiera sido la señal que desencadenó el motín.

Un ruido espantoso se produjo inmediatamente cuando millares de condenados comenzaron a hacer entrechocar sus bandejas. El estrépito atrajo la atención del resto de los vigilantes, y los estallidos de sus látigos eléctricos se confundieron con el alarido de la sirena de alarma que gemía tronitosamente, llamando a las armas al resto de los empleados que en aquellos momentos no se encontraban de servicio.

Pero, si los guardianes eran muchos, nosotros les sobrepasábamos en número largamente. Nos lanzamos locamente, en incontenible riada, hacia las puertas de salida del comedor, despreciando las sacudidas de sus látigos, pasando por encima de los cuerpos carbonizados de quienes habían tenido la desgracia de ser tocados por alguna de aquellas armas, cuyo voltaje había sido elevado apenas se inició el motín, pero no pudimos llegar a ellas. Alguien manejó el conmutador y las pesadas puertas comenzaron a deslizarse hasta chocar con metálico ruido, dejándonos aislados del resto de la penitenciaría. Y de allí no había manera de evadirse, porque la única salida era aquella y hubiera hecho falta algo así como una tonelada de dinamita para volar los pesadísimos batientes.

Un ¡oh! de general decepción sonó unánime, pero la baraúnda de gritos y alaridos cesó así como por encanto cuando la voz del alcaide resonó a través de la red de transmisores:

— ¡Atención todos los condenados!

Aguardó un par de segundos a que el barullo se hubiera calmado y continuó:

— Os conviene deponer vuestra actitud...

— Tenemos rehenes — vociferó alguien.

Pero Worthington continuó implacable:

— Me es igual. Mala suerte para ellos. Si antes de cinco minutos no solamente habéis cesado de armar líos y no se ha entregado el que ha provocado el motín, os juro que haré abrir las lucernas del techo. Y ya podéis suponer lo que os ocurrirá cuando la atmósfera exterior comience a penetrar en el comedor.

El alcaide era un tipo que sabía lo que se hacía. Moriríamos todos en pocos segundos, sumergidos en aquella oleaginosa atmósfera, densa, pesada, como si fuera un líquido en lugar de una serie de gases, principalmente helio e hidrógeno. Y, por lo que había dicho, se le

importaba un rábano de los desgraciados vigilantes que no habían tenido las piernas suficientemente ligeras para largarse del motín. ¿Qué iba a hacer, pues? No cabía más que una solución.

Me adelanté un par de pasos hasta el altavoz más cercano.

— No se moleste, alcaide. Yo he sido el culpable de todo. Elliot Kent.

— ¿Elliot Kent, eh? — sibiló —. ¿Puede saberse por qué?

— Pregúnteselo a Mustafá. —El apodo había cundido tanto que todo el mundo, de Worthington para abajo, le conocía de aquella manera —: Solamente le diré que todos ustedes son unos cochinos granujas, cuando no quieren darnos la ración de AntiGe que nos corresponde.

— ¿Y crees que el estampar una bandeja de comida y provocar un motín es el mejor medio de hacerse atender en una reclamación? — gruñó el alcaide.

—. ¿Quiere usted indicarme otro, por favor? Estoy más que harto de reclamar lo que me pertenece, sin que, hasta ahora, haya sido escuchado. Haga lo que le dé la gana, alcaide. Está en su derecho. Pero tenga cuidado conmigo.

— Lo estoy teniendo desde que llegaste, Kent — repuso suavemente, ordenando luego, con sequedad — : ¡Fuera todo el mundo de las puertas!

Obedeció la gente y yo fui el único que se quedó allí, salvo los cadáveres de quince o veinte desgraciados alcanzados por los látigos eléctricos. Se descorrieron los batientes y un alud de vigilantes cayó sobre mí. Y me llevaron en volandas.

CAPÍTULO IV

Quiero olvidar el amarguísimo mes que pasé. Es uno de mis peores recuerdos. Aparte del primer momento, en que recibí golpes suficientes para atontar a un elefante, no se me volvió a tocar el pelo de la ropa. También se me eximió de todo trabajo. Pero, por contra, se me suprimió radicalmente la ración de AntiGe y les hago gracia de los horrores que pasé, sintiendo sobre mi cuerpo gravitar una masa de más de trescientos kilos. Tampoco me moví de la celda. No lo hice, porque, sencillamente, no lo hubiera podido hacer. De no haber sido por mis buenos amigos que de vez en cuando me daban alguna tableta de las que correspondía a su ración, no lo estaría contando

ahora.

Cuando terminé el interminable castigo, juré:

— Una y mil veces pienso intentar la evasión. Haced vosotros lo que queráis. Salvo el denunciar mis propósitos, y eso estoy seguro de que no lo haríais, no os reprocharé nada si no me ayudáis. Pero mi decisión está tomada.

Volví al trabajo. Aparentemente mi aspecto era el de un preso sumiso, obediente, trabajador, pero mi cerebro no cesaba de trabajar y mis ojos de escudriñar por todas partes, buscando la mencionada ocasión, que como ya dije antes, debía coincidir con el momento en que una espacionave llegara a Plutón. De lo contrario, ¿para qué serviría evitar nada?

Durante aquel largo año no había vuelto, no solamente a no ver a Ruth, sino ni siquiera acordarme de ella, y uno de los días en que más desesperado me encontraba, a pesar de que procuraba no mostrarlo en mi aspecto exterior, su imagen, sin saber por qué, se me representó súbitamente ante mis ojos. No puedo por menos de sonreír al recordar la dulzura de su rostro y la gracia de su voz. ¿Qué haría la pobre muchacha, encerrada con tantas y tantas mujeres de tan diferentes castas? Repentinamente me entró la ventolera de hablar con ella, de verla, aunque solamente fueran unos minutos. Peroinmediatamente me dejé caer hacia atrás en la litera. ¿Cómo? He aquí el problema, bien peliagudo, por cierto.

Al día siguiente me encontraba trabajando, cuando de repente una luminosa idea brilló con cegadores resplandores en mi mente. La astronave de transporte ya había llegado y le faltaban muy pocos días quizá ni uno tan siquiera, para partir. La ocasión había llegado. ¡Ahora o nunca!, me dije, sin confiar mi plan a mis compañeros, aunque sí pensaba llevármelos. Sobre todo a Cass. A pesar de sus gruñidos, me era necesario. Necesitaba un piloto espacial, porque con la tripulación de la nave no había ni que contar.

Llegó el final de la jornada de trabajo y el momento de regresar a nuestra celda. Me entretuve, huroneando por allí, como revisando las máquinas-herramientas, pero en realidad estaba haciendo algo que luego traería sus consecuencias.

Sin ningún incidente, cenamos, hasta incluso nos dieron nuestra ración de AntiGe, y nos dispusimos a dormir. Mas, cuando ya estábamos a punto de hacerlo, Hewitt, el jefe de los guardianes, acompañado de dos de éstos, con cara de muy pocos amigos, nos increpó duramente:

— ¿Quién ha sido el soberano estúpido que se ha dejado la

perforadora en funcionamiento? Por culpa de uno de vosotros ha reventado la cámara de energía y se ha hundido una sección de la mina.

—Bien, ¿y a mí que me cuentan?— murmuré, soñoliento, ahogando un bostezo, pero en realidad tratando de contener los latidos tumultuosos de mi víscera cardíaca.

— ¿A quién se lo voy a contar? La cosa ha ocurrido en vuestro sector, de modo que ya sabéis lo que tenéis que hacer.

— Pero, Hewitt, ¡por amor de Dios! ¿Es que no se da cuenta de que estamos en nuestra hora de descanso? Déjenos en paz. Ya repararemos el desastre mañana por la mañana.

— Ahora queremos dormir — terció «Happy».

— No hay sueño que valga si no habéis extraído la perforadora de debajo de los escombros. Antes de las ocho tiene que estar en Reparaciones. El trabajo no debe interrumpirse.

— Pero, oiga, Hewitt — se lamentó Smithers—: ¿Es que se van a morir allá en la Tierra porque se retrase un día la producción de mineral?

El jefe de los vigilantes decidió cortar el diálogo.

— Abre la puerta, Tim. Sácalos a latigazos si es preciso, pero antes de media hora deberán estar en la faena.

Me levanté resignado. Mis colegas también, pero cuando salíamos de Vestuario, equipados para dirigirnos al exterior, «resbalé».

Lancé un gemido de dolor. El guardián se paró.

— ¿Qué te ocurre ahora, grandísimo idiota?

Desde el suelo contesté lo mejor que pude:

— ¡Uf! ¡Mi muñeca! ¡Cómo me duele...!

— Está bien — masculló Hewitt tras unas palabrotas, prosiguiendo —: Id con éstos a la mina. Si Kent no tiene nada, si lo que le ha ocurrido es un pretexto para eludir el bulto, lo llevaré a patadas hasta allí. ¡Sin traje de vacío! ¡Vamos! ¡Andando!

Quejándome a cada momento del dolor que sentía en el miembro afectado, llegamos a la enfermería, lugar que desconocía por completo, pues, afortunadamente, mi salud había sido excelente. Y, apenas traspasamos la puerta, me quedé de una pieza.

— ¡Ruth!—exclamé, sorprendidísimo, al verla enfundada en una bata blanca.

— ¡Elliot Kent!—musitó ella, no menos estupefacta que yo—: ¿Qué le ha ocurrido?

— ¿Dónde está el médico de guardia? — se le anticipó Hewitt—. Me parece que nuestro común amigo tiene mucho cuento. Vaya a llamarle, Dugan.

Allí hasta las mujeres perdían el tratamiento. Ni siquiera se molestó Hewitt en anteponerle el «señorita». Ruth, acostumbrada al trato, se dispuso a obedecer, compadeciéndome con sus grandes ojos azules.

Nos hallábamos en el cuarto de curas. Una puerta daba acceso a la sala general y otra al despacho del médico de guardia, de donde se salía a otros departamentos de la penitenciaría. Nosotros, para llegar hasta el lugar en que nos encontrábamos, habíamos atravesado la sala general, equipados para exterior, pero sin colocarnos las pesadas escafandras que pendían de nuestras manos, la mía en la derecha, que era la que se encontraba sana.

A pesar de todo, la belleza de Ruth no había dejado de impresionar a Hewitt. Recreándose en la contemplación de las esbeltas líneas de la chica, apartó de mí su mirada, y aquello le fue fatal, porque, en el mismo momento, mi escafandra impactó con terrible violencia contra su rostro, haciéndole crujir los huesos de la nariz, de la que salió un arroyo de sangre.

Mi acción había sido plenamente meditada, completamente deliberada, mas totalmente imprevista para él pobre Hewitt, de tal forma que ni siquiera tuvo tiempo de emitir un gemido. Se quedó tan sin sentido como un saco de patatas, saco que yo recogí amorosamente entre mis brazos, para evitar que hiciera el menor ruido.

No obstante, Ruth se apercibió de ello, volviéndose rápidamente.

— ¿Qué ha hecho, Elliot? — En un segundó se dio cuenta de la situación.

— ¿Qué he hecho? — repetí como un eco, trabajando ya frenéticamente por despojar de su traje al inconsciente Hewitt. La vestimenta llevaba las insignias propias de su cargo y me serían muy útiles para consumar mis propósitos. No soporto ni un minuto más en Plutón. Estoy decidido a largarme de aquí. Sea como sea. Únicamente le he de pedir una cosa, Ruth.

— Dígame — repuso ella simplemente.

— Déjese atar y amordazar. Así no la molestarán cuando... — pero me interrumpió.

Agitó sus lindos cabellos rubios sonriendo graciosamente:

— ¿Qué se cree de mí, Elliot? ¿Le parece que me agrada mucho la vida en la Fortaleza Negra? — Y, decidida, se arrodilló junto a mí, ayudándome a despojar de sus ropas a Hewitt. Luego, cambié mi traje, que entregué a Ruth, quien se embutió en él diestramente, en pocos minutos, colocándonos las escafandras, para evitar ser reconocidos.

Nos dispusimos a salir de allí, pero antes de llegar a la puerta, Ruth me detuvo con un ademán. Volviendo sobre sus pasos, se dirigió hacia una estantería en la que se alineaban numerosos frascos, eligiendo uno de ellos. Luego tomó una torunda de algodón, echó parte del líquido en ella, que aplicó acto seguido, durante medio minuto, a las narices del jefe de los vigilantes, que continuó roncando apaciblemente. Me enseñó la etiqueta del frasco y sonreí. ¡Buena y valiente muchacha!

Había pensado en el anestésico. Más rápido y eficaz que las mordazas y ligaduras, Hewitt tenía para rato antes de dar la alarma. No me descuidé de tomar su látigo eléctrico. Había otras armas en la Fortaleza Negra, pero ordinariamente no se usaban. Los látigos eran más que suficientes para imponer una hipotética alteración del orden, y demasiado lo sabía yo, que conocía sus destructores efectos, sobre todo cuando se alteraba el voltaje, por medio del graduador que llevaba en el mismo mango.

El médico levantó la cabeza sorprendido. No era lógico que dos seres atravesaran por allí cubiertos con los trajes de vacío, por lo que, al regresar de una inspección de otras habitaciones individuales, coincidiendo, para su desgracia, con nuestra fuga, quiso investigar lo que ocurría. De haberse hallado en su despacho cuando golpeé a Hewitt, no hubiera dejado de oír el escaso ruido que produjimos.

Bastó un golpecito con el mango del látigo para dejarlo en el feliz estado de la inconsciencia, golpe que aticé con todo cuidado. Si en la Tierra aquel mango hubiera pesado medio kilo, aquí eran dos y medio y había que andarse con mucho ojo. El cráneo saltaba con toda facilidad y, a no ser absolutamente necesario, no quería causar ninguna muerte. Solamente anhelaba largarme de allí.

Atravesamos varios corredores, muchos de ellos desiertos, a causa de la hora tan intempestiva, otros con un vigilante en las compuertas, los cuales abrían sin el menor recelo, confundiéndome con su jefe. Y al fin, con un infinito suspiro de alivio, nos encontramos en el exterior.

Avanzamos penosamente. Parecía como si fuéramos sumergidos en el fondo del mar, terrestre, desde luego. La atmósfera era bastante transparente, pero líquida, y las estrellas parpadeaban apenas fuera de ella, viéndose en escasísimas ocasiones. Cada paso que dábamos

era un inmenso esfuerzo que nos arrancaba mortales sudores, pero también era un paso hacia la libertad, que tanto ansiábamos.

De repente, nos vimos precipitados al suelo. Durante unos minutos, largos, interminables, un turbión de aquella envolvente fluida del planeta, moviéndose a impulsos de sabe Dios qué desconocida causa, nos envolvió en sus haces, llevándonos de un lado para otro, arrancando nuestros pies del contacto con el suelo, golpeándonos con dureza contra las rocas salientes y magullándonos terriblemente, hasta tal punto que, en más de una ocasión temí que la aventura terminara allí mismo, y definitivamente para nosotros.

No grite. No quise hacerlo, ni tampoco Ruth. Ninguno de los dos nos habíamos comunicado lo que debíamos hacer, pero ambos lo habíamos comprendido intuitivamente. Forzosamente, de hablar, al ser transmitidas nuestras palabras por los aparatos individuales de radio, debían ser escuchadas en algún punto y poner a la Fortaleza en estado de emergencia. No nos convenía en lo más mínimo, por lo que, conteniendo como pudimos el dolor, mordiéndonos los labios hasta hacerlos sangrar, fuimos rodando hasta que mi mano, al fin, halló un asidero y logré detener mi desatentado camino.

Soportamos como pudimos aquel movimiento de la capa atmosférica plutoniana, y al fin logramos incorporarnos cuando se atenuó un tanto, aunque, a pesar de todo, debíamos luchar como fieras para conseguir dar un paso. Pero, al cabo de innumerables trabajos, logramos dar con el astropuerto, guiándonos para ello de las luces de situación de la nave, que se erguía verticalmente sobre la lisa pista. En aquel planeta no había día: siempre reinaba la noche, la más negra noche que imaginarse pudiera uno, y solamente gracias a mi perfecto conocimiento del terreno conseguido al cabo de los tiempos de pasar por allí, conseguimos llegar a la vista de nuestro objetivo.

Pero no había terminado todavía mi labor. ¿Qué diablos podía hacer yo con una astronave si no sabía pilotarla? Me dirigí decidido al astropuerto y le gruñí al guardián, reprendiéndole por algo inocente, tomando muy en mi papel el aspecto de Hewitt; seco, autoritario.

Luego le pedí un tractor.

— Necesito ir a la Sección B7-2. Hay una perforadora reventada y necesitamos transportarla a Reparaciones.

— ¿Quiere que le acompañe, jefe? —inquirió, solícito, el vigilante.

— ¡Estúpido! ¿No es éste tu puesto? — Y sin más, me acomodé en el sillín del tractor, gritándole á Ruth, como si fuera un supuesto prisionero—¿Qué haces ahí, pasmado? ¡Arriba! ¡No hay un momento que perder!

Los potentes focos del tractor iluminaron el camino ante nosotros. La parte delantera tenía una construcción hidrodinámica para hender aquel océano y desarrollaba bastante velocidad, impulsado por su potente motor nuclear. Allí se usaban éstos a caño libre. No importaba la radiación. Los trajes eran aislantes de sobra.

En pocos momentos me presenté en la mina. De todas formas —consideré—parecía iba teniendo suerte, en medio de todo. Claro es que Hewitt dormía pacíficamente, pero no habíamos hecho lo mismo con el médico, por lo que a cada momento estaba temiendo se despertara y entonces, ¡adiós mi descabellado plan! Lo menos que me colgarían serían tres años de recargo en la condena. Pero me era igual. Caso de que me capturaran, estaba decidido a intentar la evasión, una y otra vez. O a morir en la empresa. Todo antes que pudrirme en aquel planeta.

Los dos guardianes levantaron la cabeza sorprendidos al verse enfocados por los rayos de luz de los focos delanteros del tractor. Uno de ellos se adelantó, pero yo bajé de un salto de la cabina, procurando imitar el porte de Hewitt.

— Tim— ordené—, el alcaide ha dispuesto que los prisioneros regresen a su celda. A fin de cuentas, no importa que el trabajo se retrase un día.

— Está bien, jefe — accedió el otro, y se volvió—: ¡Eh, vosotros! Dejad eso para mañana, que será otro día.

A través del transmisor de radio percibí unos gruñidos de satisfacción. Mis amigos alabaron al alcaide y me pusieron verde a mí, es decir, al propietario del traje que yo llevaba, lo cual no dejó de hacerme mucha gracia. Por otra parte, llevando a Ruth a mi lado, les daba el pego a los guardianes, porque así creían que era Elliot Kent el que volvía de la enfermería ya curado.

— ¡Vamos, subid al tractor! ¡Os llevaré yo mismo a las celdas!

Los cuatro forzados pasaron por delante de mí, y se les unió Ruth. Después eché a andar yo y en aquel momento cometí un tremendo error.

Pasé por delante del doble resplandor de los faros, los cuales me dieron en pleno rostro, iluminándome claramente a pesar de la espesura de la escafandra.

— ¿Qué diablos...? —comenzó a decir Tim, sospechando algo, pero yo también me di cuenta de que el fulano se había espabilado demasiado y que, si no me anticipaba, corríamos el peligro de ser descubiertos.

Haciendo un terrible esfuerzo manejé el látigo eléctrico, que se enroscó en torno al brazo del custodio, quien lanzó un aullido de dolor al sentir el contacto de la corriente, no tan intensa como para fulminarle, pero lo suficiente para arrojarle al suelo retorciéndose de dolor. Otro leñazo del mismo tipo fue bastante para que, durante un cuarto de hora, tiempo que necesitábamos, tuviera algo en qué entretenerse, olvidándose de nosotros.

El otro guardián lanzó un enérgico reniego.

No eran tontos nuestros custodios, y por ello aquel individuo se dio cuenta prestamente de que yo tenía tanto de Hewitt como él, por lo que enarbolo su látigo, simultáneamente con el mío. Y, lógicamente, como era muy hábil, el arma voló de mi mano, dejándome indefenso a su completa disposición.

Francamente, me vi perdido. Vi claramente cómo su pulgar maniobraba en el botón que accionaba el diminuto transformador que elevaba la tensión de la corriente, y aprecié claramente su gesto al levantar el brazo. Mi látigo había saltado despedido lejos de mí, no mucho, pero sí lo bastante para que yo no pudiera intentar una más que problemática recuperación.

Pero en aquel momento ocurrió lo inesperado.

Alguien, uno de mis cuatro compañeros, no recuerdo quién, saltó de la cabina del tractor y se inclinó. Ellos se habían dado cuenta de que yo no era Hewitt y, aunque sin sospechar mi identidad, se daban cuenta de que allí estaba ocurriendo algo raro. Por lo tanto, el que se había apeado, sin importarle mucho lo que después pudiera ocurrirle, tomó unapesada piedra y la lanzó con todas sus fuerzas contra la espalda del guardián.

El trozo de roca avanzó penosamente a través del espeso líquido y, contrarrestando su impulso por la superior masa, golpeó duramente la espalda del guardián, quien, sorprendido, se vino al suelo, dejando escapar el látigo, del que me apoderé yo al pasar corriendo por su lado. Y nuevamente los focos me iluminaron, con lo que Smithers y compañía me reconocieron con toda claridad. Pero no hicieron ningún comentario. Sabían lo peligroso que era usar la radio para cualquier otra cosa que no fuera una conversación del trabajo.

Me subí al tractor, ante cuyos mandos se hallaba ya Smithers, y arrancamos, pero antes de virar presencié una horripilante escena.

El guardián caído, el segundo, trataba de incorporarse dificultosamente, cuando el enorme vehículo se le echó encima. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su boca se abrió para emitir un alucinante grito que indicaba todo el pavor y el espanto de que estaba

poseído, al verse a menos de una décima de segundo de la más espantosa de las muertes.

— ¡Cass! — aullé, también horrorizado —: ¿Qué haces? ¡Vira, por el amor de Dios, vira!—Y me arrojé sobre él, tratando de hacer cambiar la ruta al tractor.

Pero un manotazo del piloto espacial, dado con muchísima más fuerza de lo que fuera de suponer en un cuerpo que parecía tan gastado como el suyo, me apartó violentamente de su lado y aún estuvo a punto de hacerme caer al suelo, lo que pude evitar gracias a la providencial mano que me tendió «Happy».

— ¡Déjame en paz! — rugió Casse, precipitándose sobre el desgraciado funcionario, cuyo alarido quedó bruscamente cortado, cuando las cadenas le plancharon literalmente —: ¡Ya estaba más que harto de estos tipos!

Me quedé mudo de espanto cuando sentí el levísimo traqueteo que indicaba que habíamos pasado por encima del cuerpo del desgraciado vigilante. Y me dije que ahora sí que no tenía otro remedio que consumar la fuga. De lo contrario la muerte en la cámara desintegradora era mi única salida, porque, aunque yo no había matado directamente al guardián, me considerarían coautor del hecho. Como asimismo el resto de mis compañeros, Ruth incluida.

Dando toda la marcha al vehículo, nos dirigimos hacia el espaciopuerto, pero apenas teníamos a la vista las luces del cohete, cuando en nuestros auriculares sonó con toda claridad, hasta rompernos los tímpanos, un ruido que llenó de espanto nuestros corazones. ¡El lúgubre gemido de la sirena de alarma que indicaba que una evasión se había producido!

Pero ya llegaba tarde, porque en un santiamén nos arrojamos sobre el vigilante de turno, inutilizándole. Poner en funcionamiento el montacargas que nos llevaría hasta la entrada de la cabina de la astronave; encerrar allí a dos tripulantes que no habían querido desembarcar y que, sorprendidos, no acertaron a reaccionar a tiempo; tendernos en nuestras literas antichoque y sujetarnos sólidamente con las correas de seguridad, todo fue cosa de contadísimosminutos. Y Cass no se molestó en contar el tiempo antes de arrancar.

Exclamó solamente:

— ¿Estáis ya?—y ante nuestra respuesta afirmativa, dijo simplemente —: ¡Allá va!—Y luego, burlón—: ¡Adiós, alcaide! ¡Que le frían un pepino!

Sentí una infinita opresión en el pecho. Luego, la inconsciencia fue

conmigo, y con el resto de los evadidos.

CAPÍTULO V

Cuando al fin la aceleración dejó de obrar sobre nuestros organismos y nos encontramos en órbita libre, el desatarnos las correas y prorrumpir en estentóreos gritos de júbilo y alegría, fue cosa que no pudimos contener. Durante un buen rato gozamos de las delicias de la gravedad cero, sin peso absolutamente, después de haber soportado nuestros cuerpos tantos y tantos kilos que parecía que nos iban a aplastar. Pero en cambio ahora, ¡qué delicia el poder ir de un lado a otro de la nave sin otra cosa que la simple presión de un dedo! Recuerdo que Onson se hallaba flotando a mitad de camino entre el tablero de mandos y la puerta que daba acceso a la cámara de combustible y encendió un cigarrillo. Pues bien, el exhalar el humo con tremenda satisfacción, después de largos meses de no poder gozar del infinito placer de quemar un pitillo, le hizo retroceder, convertido en un cohete de retropropulsión de nueva especie, dos metros cuando menos, lo que provocó un aluvión de carcajadas por nuestra parte.

Pero bien pronto la euforia fue sustituida por otro sentimiento muy distinto: el de la preocupación. ¿Hacia dónde ir? ¿Qué rumbo deberíamos tomar?

Colocado el cohete en el lugar de su marcha, estaba orientado de tal modo que siguiese la órbita de Plutón, aunque con mucha mayor velocidad que este cuerpo celeste. Por lo tanto, caso de detenernos, el planeta nos alcanzaría y, de no modificar nuestra trayectoria, continuaríamos su mismo camino hasta alcanzarlo un remotísimo día. En suma, que si nos adentrábamos dentro del Sistema, si nos lanzábamos fuera de él, más allá de la «última Thule», donde un insondable abismo negro, hasta entonces inexplorado, nos aguardaba como única solución viable a la consumación de nuestra fuga. Por lo tanto, dejando a un lado danzas más o menos remotamente parecidas con las comanches, nos sentamos en el lugar que nos pareció, dispuestos a tomar una resolución definitiva.

— Eso es lo que nos conviene — dijo Smithers —: ¿Qué hacemos?

— No podemos estar viajando toda nuestra vida por el espacio. Somos unos fugitivos, y con la sangre de un guardián sobre nuestras cabezas, por añadidura. ¿Por qué tenias que matarle, Cass? — le

reproché, y el piloto se encogió de hombros.

— ¡Déjame en paz! — rezongó —: La cosa ya no tiene remedio. Debemos tomar una resolución. ¿Qué opináis?

La cosa era realmente peliaguda. Era cierto que estábamos libres, pero, ¿no era más ¡bien una entelequia? Dada la alarma, a las cinco horas de haber transmitido el primer mensaje, ya lo sabrían en la Tierra, pero como había estaciones intermedias retransmisoras situadas en otros planetas y en sus satélites, era obvio que de éstos se habrían lanzado las pertinentes comunicaciones a las patrullas de vigilancia sideral, y en el momento en que nos encontrábamos, ya tendríamos sobre nuestras huellas una buena jauría de sabuesos. Pero de repente, y sin saber por qué, se me ocurrió echar un vistazo al tablero de instrumentos.

— ¡Demonios!—y mi exclamación llamó la atención de los cinco.

— ¿Qué ocurre? — inquirió Ruth suavemente, acercándoseme.

Señalé con un dedo tembloroso hacia el indicador de velocidades.

— ¿Está eso bien o, por el contrario, son mis ojos los que necesitan el repaso de un oculista?

Cass miró en la dirección que indicaba y también soltó un enérgico reniego.

— ¡Por los doce mil planetoides! Este aparato debe ser el último grito en materia de astronáutica. Si no lo veo, no lo creo. ¡Veinte veces la velocidad de la luz! — exclamó, sinceramente asombrado.

— ¿Qué marcha llevamos ahora, Cass?

— Vamos en régimen reducido. Unos cien mil kilómetros a la hora. Pero debe ser algo aterrador alcanzar los 20 VL. ¡Seis millones de kilómetros al segundo! ¿Cómo se las arreglarán para conseguirlo?

— Recuerdo—empecé a decir—, que cuando vinimos, rebasamos por primera vez la «barrera de la luz», es decir, que sobrepasamos los trescientos mil kilómetros al segundo. El capitán habló algo de conectar el MAV, el Mecanismo AntiVelocidad, que debe ser algo que contrarresta los efectos de marcha tan terrorífica.

— Eso es cierto — dijo Cass y se dedicó a huronear entre la selva de palancas y esferillas indicadoras, hasta que al fin soltó un gruñido de satisfacción—. ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Me parece que ya sé cómo se maneja este trasto! ¡Voy a probar y...!

Pero en el momento en que alargaba su mano para tocar el interruptor, algo se lo impidió. La de «Happy», que le miró con gesto

denegatorio.

— ¡No! ¡No hagas tal cosa, Smithers! Creo que lo mejor que podrías hacer es sentarte ante la calculadora y que te diera los datos de navegación por una órbita que nos lleve a Amaltea, el primer satélite de Júpiter.

Cass giró en redondo, mirando sorprendido a Lerks.

— ¿Puedes decirnos qué diablos se nos ha perdido a nosotros en Amaltea?

— A vosotros no lo sé. A mi sí, que tengo un hermano en la estación astronómica de observación del planeta. Me esconderá hasta que se haya pasado todo este jaleo y un buen día me reexpedirá a la Tierra.

— ¿Y… si no quisiéramos llevarte hasta allí?

El ceño de Smithers se frunció de manera harto significativa. Sus puños empezaban ya a crisparse y me acerqué a ellos, pues estaba previendo una pelea.

— Me parece — dijo «Happy» con toda flema —, que aquí nadie manda más que los otros, a no ser Elliot, a quien debemos el habernos largado de Plutón. De modo que, si Kent no encuentra ningún inconveniente, lo más práctico será que me lleves hasta allí. Después… ¡te regalo mi parte de la astronave!

— De modo que piensas que voy a ser tan tonto como para meterme en la boca, del lobo, ¿eh? Una estación astronómica. Y, como es lógico, no se van a apercibir de nuestra presencia. Nadie se va a enterar más que tu precioso hermanito. Los componentes del puesto de vigilancia tampoco nos van a detectar. ¡Claro, como no han recibido ya el parte de que seis penados se han evadido de la Fortaleza Negra con una espacionave último modelo!

Las palabras de Cass encerraban un evidente sarcasmo y, de súbito, antes de que Lerks, desprevenido, tuviera tiempo de enterarse de lo que le ocurría, se encontró con el puño del piloto convertido en la pata de una mula, que lo tiró hacia atrás, sin más sentido que la calculadora cuando no tiene corriente eléctrica. Pero aquello me sublevó.

— No me harías eso a mí, Cass — le dije, avanzando hacia él, sin reparar en los malignos fulgores que lanzaba su único ojo, ni en la cruel sonrisa que distendía su rostro, tan parecido a un paisaje lunar.

— Conque no, ¿eh? ¡Mira a ver si puedes parar éste…!

Pararlo, lo que se dice pararlo, no. Simplemente, advertido, me

limité a dar un paso de danza, dejando que el puño del piloto pasara inofensivo por micostado, y luego el resto, en un par de segundos nada más, fue coser y cantar para mí.

Mi puño izquierdo se clavó con delectación en el hígado del piloto, al mismo tiempo que el derecho ascendía hasta encontrar su mandíbula. Luego, Smithers, atontado, sin darse mucha cuenta de lo que le estaba pasando, sé encontró sentado en el suelo, apoyándose con ambas manos, con una visible expresión de sorpresa en su horrible faz. «Happy» se estaba ya incorporando.

Me incliné hacia el primero.

— Lerks tiene razón. No quise tomar tal iniciativa, pero, en vista de que las cosas se ponen feas, debes entender que quien procuró la fuga fui yo, y yo seré el único que dicte órdenes a bordo. ¿Me entiendes?

Luego me volví hacia Rogers y Onson. A Ruth ni la consulté. Estaba seguro de que la muchacha aprobaría todo cuanto dijera u obrara.

— ¿Tenéis vosotros dos algo que oponer? — Pero un expresivo encogimiento de hombros fue toda su contestación, por lo que me incliné, tomando a Cass por las solapas del cuello.

— ¡Arriba! A la calculadora y a estudiar la órbita para Amaltea.

Smithers terminó de levantarse, rezongando infinidad de amenazas, pero, sin resistirse más, se fue hacia el aparato que se encontraba en uno de los rincones de la espaciosa cabina y comenzó a manejar los mandos de la calculadora electrónica, haciéndole las correspondientes preguntas en el teclado que tenía ante sí. Dentro de cinco minutos, una tira de papel asomaría, con todas las respuestas correctamente grabadas, por una ranura situada en uno de los costados de la máquina, pero no terminó aquel lapso de tiempo sin que un incidente desviara nuestra atención de la labor del piloto, incluyendo a éste, que también giró sobre su asiento.

La radio había estado conectada, para escuchar los boletines de noticias relativos a nuestra captura, únicamente había recogido los mensajes en clave que ni siquiera nos habíamos molestado en enviar a la descifradora, mas en aquel momento sonaron una serie de «pip-pips», muy seguidos, con ritmo completamente diferente a los mensajes en cifra.

— ¿Qué diablos...? — Pero al momento la lámpara del detector de astronaves comenzó a parpadear.

— ¡Un aparato de patrulla! — gimió alguien, y, en el mismo momento, un brusco tirón sacudió el nuestro y todos caímos derribados en confuso montón, agitando epilépticamente brazos y

piernas, sin poderlo evitar.

A Cass no le hizo falta recurrir a los servicios de la calculadora para, después de haber echado un vistazo a las estrellas, decirnos lo que estaba pasando.

— ¡Chicos, nos estamos desviando de nuestra ruta!

— ¡Cómo! — la exclamación fue quíntuple, al unísono.

Smithers no contestó. Se fue hacia la calculadora y formuló una serie de preguntas. Unos minutos después leyó con grave expresión la respuesta y nos miró. Y su tono era harto dramático:

— ¡Una fuerza desconocida ha desviado nuestro rumbo y nos está lanzando fuera del Sistema!

Entonces miró hacia el indicador de velocidades. Su juramento hizo que todos nos precipitáramos a mirar por encima de él.

Fascinados, sin aliento, contemplamos el inexorable camino de la aguja que, lenta pero perceptiblemente, iba recorriendo el camino de la esferilla graduada en veinte partes, cada una de las cuales indicaba una velocidad de trescientos mil kilómetros al segundo.

¡Y ya estábamos en el número cinco! ¡Millón y medio de kilómetros en un segundo! ¡Increíble, pero absolutamente cierto!

— ¿Cómo puede ser eso? — inquirí, pero Cass no se dignó contestarme. Estaba afanado sobre el detector de astronaves y durante un buen rato permaneció altamente ocupado, hasta que nos dio la solución.

— Una espacionave desconocida, por medio de ondas de radio, nos está atrayendo hacia ella con fuerza desconocida.

— Pero, ¿por qué? ¿Con qué fines?

Cass se encogió de hombros.

— ¡Qué cosas tienes, Elliot! ¿Acaso no te das cuenta de lo que somos?

Los otros comenzaron a hacer excitados comentarios, pero los corté cuando una repentina inspiración vino a mi mente:

— ¿Dices que ese aparato nos atrae hacia él, no?

— Así es — contestó el piloto de mala gana.

— Pero también has dicho que vamos fuera delSistema.

— Sí, claro... La calculadora...

— Deja ahora la calculadora en paz. Vamos fuera del Sistema. ¡Yo

no conozco ninguna nave nuestra que se haya aventurado fuera de la órbita de Plutón, Chass! ¿Te das cuenta de lo que te estoy diciendo?

Mi afirmación rotunda, inapelable, no admitía discusión alguna y todos los rostros se volvieron de una forma automática hacia mí.

— ¿Cómo es posible tal cosa...? — empezó a decir Ruth la que inmediatamente abrió mucho los ojos, espantada, como si no se atreviera a decir lo que estaba pensando —: ¡No...! — gritó—: ¡No es posible, Elliot!

Pero yo asentí con la cabeza:

— Sí. No hay otra solución. Ninguna de las naves terrestres posee tal mecanismo. O al menos yo no he oído hablar de ningún vehículo espacial capaz de atraer a otro por medio de ondas de radio. ¿Y tú, Cass?

Éste meneó la cabeza enérgicamente:

— Tampoco.

— Entonces, ¿la única solución es...? — Y Rogers no se atrevió a completar su apenas definida frase.

— Se trata de una nave desconocida en absoluto, tripulada por seres que no han nacido en la Tierra — dije, dando clara forma verbal a lo que a todos nos bullía en el magín.

— ¡Por los clavos de Cristo! — exclamó sonoramente Onson—. ¡Fijaos en el indicador, muchachos!

Nada más marcaba doce VL, es decir, doce veces la velocidad de la luz. En marcha el mecanismo MAV, también automáticamente, desde aquella misteriosa espacionave, ni siquiera, en nuestra obcecación, noshabíamos dado cuenta de que la marcha de la nuestra continuaba acelerándose constantemente.

— ¿Tendrán tentáculos? — bromeó alguien, pero nadie sonrió siquiera. La idea de hallarnos sumergidos en un abismo insondable, sin el menor rastro de cuerpo alguno celeste, hasta llegar a la constelación del Centauro, nos sobrecogía, dicha sea la verdad. Y la aguja marcaba ya el número quince, con tendencia a rebasarlo.

— Es preciso hacer algo —sugerí, lo cual hizo que media hora después, Cass y yo, equipados con trajes espaciales nos halláramos sobre el casco del vehículo, con una serie de aparatos en la mano, entre los que no faltaban los discos de microondas, con el objeto de lanzar una emisión que interfiriera la de aquellos hombres y podernos así desatar de su atracción.

Duró largo rato la operación, y al fin estuvo instalado el mecanismo. Cass, antes de salir, había puesto en marcha el dispositivo que hacía girar la nave sobre su eje longitudinal, y el conjunto de semiesferas que emitían y despedían las microondas lo hacía en un eje que cortaba al anterior en ángulo recto, de modo que los haces que enviábamos barrían todo el espacio, a regulares intervalos. No tardaríamos mucho, pues, en entrar en contacto con aquellos seres.

— Gastaremos demasiada energía—gruñó Cass—. Los apuros serán para nosotros al regresar.

— Si conseguimos liberarnos—rezongué, desojándome al mirar en todas las direcciones, sin encontrar, ¡infeliz de mí!, el menor rastro de aparato espacial alguno.

Admiré en toda su grandeza el inmenso esplendor del cielo. Algo maravilloso que no puede expresarse con simples palabras. Visto desde la Tierra da una idea de pequeñez y de encogimiento enormes.

De repente se me ocurrió mirar hacia Andrómeda, que aparecía a nuestra vista.

Allí estaba la gran nebulosa, una fantasmagórica lente luminosa. La uña de mi pulgar era suficiente para cubrirla y, sin embargo, es una Galaxia tan enorme como aquel círculo de estrellas que cubría el cielo y en cuyo centro nos hallábamos nosotros ahora.

Incluso despedía cometas que brillaban dejando un ancho rastro luminoso en el negro cielo. Como aquel que se dirigía hacia nosotros. Lo contemplé admirado y me di cuenta de que seguía una órbita paralela a nosotros, sin darle mayor importancia que una rarísima coincidencia. Pero, de repente, sin dejar de caminar en la misma dirección, empezó a aproximársenos.

— ¡Eh, Cass, fíjate en ese cometa!—dije, y el piloto contrajo su única pupila, mirando atentamente en la dirección que le indicaba.

Luego, al cabo de un par de minutos de silenciosa observación, rió sarcástico:

— ¿Cometa, eh? Cómo se conoce que no sabes distinguir las cosas.

— Pues, ¿qué demonios es, Smithers?

— ¡Abajo rápidamente! — me replicó— Si estos fulanos quieren pelea, no será Cass Smithers quiense la niegue.

— No acabo de entenderte — dije, atontado.

— ¡Idiota! ¿Es que no te das cuenta de que no hay tal cometa, sino las llamas de unos tubos de escape? Antes de un minuto los tendremos

aquí. ¡Corre, estúpido!

Las palabras del piloto me hicieron reaccionar inmediatamente. Aquel mecanismo de diales, dipolos, directores y reflectores no habían servido para nada.

— La potencia de su emisora debe ser infinitamente mayor. Lo raro es que no se les haya ocurrido soltarnos una descarga que nos hubiera electrocutado a todos. ¡Pero más les hubiera valido hacerlo! —concluyó Cass con decisión en su rostro, en tanto cerraba la exclusa exterior y hacía penetrar el aire en la cámara formada.

Nos precipitamos dentro de la cabina en que ya nos aguardaban el resto de los evadidos, con la ansiedad pintada en sus rostros.

— ¡Hay que buscar todas las armas posibles! — gritó—. ¡La nave desconocida se nos echa encima!

Instantáneamente se convirtió el interior de la nuestra en un espantoso infierno. De no haber sido por mi serenidad y el orden que impuso Cass, quien no tardó en hallar el armero, no hubiéramos logrado nada práctico. Tomamos los fusiles desintegrandes y los látigos eléctricos, y nos dispusimos a rechazar el ataque, si es que lo había.

Pero en aquel momento un crujido espantoso, un enorme trueno nos atontó, destrozándonos los tímpanos. La nave se tambaleó de una manera que parecía que iba a romperse en mil pedazos y todos nosotros nos sentimos, por segunda vez en aquel día, arrojados con tremenda fuerza contra los mamparos. Y luego, algo raro, extraordinario, comenzó a ocurrir, dejándonos unos segundos estupefactos.

CAPÍTULO VI

Un círculo de luz roja comenzó a formarse en uno de los lados de la cabina. Una luz que, de roja pasó al blanco más deslumbrante, sin que de momento supiéramos adivinar la causa que la producía, pero que no tardamos en saber cuando el metal comenzó a volatilizarse. Sí. A volatilizarse. Como si en lugar de durísimo metal fuera simple papel. Chirrió, se evaporó, y al fin, cuando cesaron los motivos que lo fundían, un negro hueco, de forma circular, quedó en el lugar en que se había producido aquella luz que tanto nos había asombrado, dejándonos entrever un negro túnel.

Por aquella abertura empezaron a penetrar una serie de hombres, vestidos de una forma absurda, pero que no nos entretuvimos en analizar siquiera. Lo que nos interesaba era la defensa, y había que ver de qué manera usábamos nuestras pistolas atómicas.

Formando una fila, con Ruth detrás de mí, las cinco desintegrantes llamearon en aquel reducido espacio, convirtiendo a los cinco primeros atacantes en sendas bolas de verdoso humo que, falto de gravedad, pereceó por la atmósfera de la nave, agitado únicamente por nuestros movimientos. Aquellos hombres cayeron fulminados sin enterarse apenas de lo que les había ocurrido, pero como los que les seguían, debido al silencio en que actuaban nuestras armas, no se enteraron, continuaron penetrando en tropel en el interior de la cabina.

Nuestras pistolas continuaron llameando, desintegrando aquellos asaltantes, quienes, ante nuestra infinita sorpresa, y aparte de su rara indumentaria, que pertenecía, al parecer, a remotas épocas de nuestro planeta, eran, en todo lo que se refería al físico, absolutamente semejantes a nosotros.

La inacabable serie de descargas nucleares que los estaba diezmando, les hizo ser más cautos y pronto cesó la invasión. Cass puso en funcionamiento los aspiradores de gases y pronto aquellos humos concluyeron por disiparse. Pero, si creíamos que aquellos tipos habían terminado de atacar, nos equivocamos de medio a medio.

Hubo unos momentos de expectante silencio, durante los cuales miramos atentamente la abertura aquella, sin atrevernos a asomarnos por su boca. Medía muy bien dos metros de diámetro y la negrura que la caracterizaba no hacía presagiar nada bueno para nosotros.

Súbitamente se oyó un ruido como de numerosas pisadas.

— ¡Ahí están de nuevo! — grité—. ¡Duro con ellos, muchachos!

No había terminado de hablar, cuando un nuevoaluvión, de manera irresistible, se precipitó sobre nosotros.

Los acogimos con una descarga cerrada, pero en esta ocasión y, ante nuestro infinito asombro, los proyectiles de pequeña carga nuclear no surtieron el menor efecto. Los individuos aquellos se habían provisto de trajes livianísimos, que no les impedían ningún movimiento, por complicado que fuera y que les cubrían de pies a cabeza. Todavía desconozco la substancia de que estaban tejidos, pero de que eran aislantes estoy seguro de ello, puesto que nuestras balas estallaban inofensivamente, apenas los tocaban, ya que carecían de poder de penetración, con un relámpago blancoverdoso que ofendía bastante la vista.

Durante un largo minuto disparamos como energúmenos, hasta que, agotada la carga de las armas, nos dimos cuenta de la absoluta ineficacia de los disparos. Lo único que conseguíamos era mantenerlos un tanto a raya, pero no obstante, iban avanzando lentamente hacia nosotros. Sin embargo, ¿por qué no disparaban o hacían algo para defenderse? Lo sabríamos más adelante.

De momento, lo que nos interesaba era sacudírnoslos de encima. Y, como se habían dado cuenta de que nuestras pistolas estaban sin carga y nos iba a llevar bastante rato el reponerlas, se nos echaron encima, berreando como energúmenos en su idioma, que debía ser —y es — bastante difícil.

Digo que berreaban, porque sus trajes, desprovistos de transmisor de radio, apenas dejaban pasar los sonidos que emitían, por lo que hasta nuestros oídos llegaban sus alaridos en forma de pequeños gritos, apenas audibles. Pero no nos interesaba lo que decían, sino lo que hacían.

— ¡Los látigos eléctricos! — grité, y todos me comprendieron al instante.

De un vigoroso puntapié, sabiamente aplicado, rechacé al primero de aquellos fulanos. Su traje podía ser aislante para las descargas nucleares, pero, tan liviano, no era ningún estorbo para una patada dada con todas las de la ley. El tipo aulló estremecedoramente cuando subió hasta el techo. Hay que recordar que apenas teníamos, en la cabina de mandos, una milésima de gravedad normal. Subió rápido, pues, pero bajar ya era otra cosa. Tardaría algo así como cinco minutos, mas yo no podía aguardarle tanto tiempo con los brazos cruzados. Mi látigo restallo cuando culebreó en el aire y un segundo después, aquel «marciano» no era más que una masa irreconocible de carbón, que despedía bastante mal olor.

Los latigazos con tensiones superiores a los cinco mil voltios aterrorizaron a aquellos individuos. Varios de ellos yacían, convertidos en tranquilos cadáveres, por el suelo de la cabina, o por sus paredes y, el resto, viendo la cosa peor que mal parada, volvió grupas y se metió a paso de carga por su túnel, dejándonos solos de nuevo.

— ¡Caramba! ¡Vaya tipos! — exclamó Lerks, enjugándose el abundante sudor que le corría por la frente.

— Lo que me extraña es que no hayan intentado usar ninguna clase de armas contra nosotros — dijo Rogers —. Iban con las manos desnudas.

Medité un segundo, y luego exclamé, creyendo haber hallado la solución:

— ¡Ya está! Con toda seguridad quieren hacernos prisioneros — dije.

— ¿Sí?— masculló Smithers—. ¿Es que os parece poco lo que pasamos en la Fortaleza Negra? ¡Vamos a cerrar esa brecha! ¡Rápido! ¡Y, en seguida, a largarnos de aquí!

Se volvió hacia el tablero de instrumentos y puso en funcionamiento los soldadores automáticos. Ríos de candente acero, que elevaron anormalmente la temperatura de la cabina, sin que fuera bastante para disminuir el calor la puesta en marcha de los refrigeradores, fueron escurriéndose, formando una nueva pared, que luego sería refinada por los bordes que ahora quedaban bastante irregulares. La cosa quedó terminada en pocos momentos y, apenas estuvo hecha, Cass dio toda la marcha al aparato, con la sana intención de despegarnos del otro. .

Pero, si esperábamos que aquello sucediera, nos llevamos el gran chasco. La espacionave enemiga, imperturbable, como si se hubiera convertido en una excrecencia imposible de arrancar de la nuestra, nos seguía en nuestro alocado camino por el infinito, sin que todos los esfuerzos que hizo Smithers, variando la dirección del aparato de tal manera que nos pegó el pecho con la espalda con la brutalidad del viraje, dieran el menor resultado práctico.

Lancé una sonora interjección:

— ¡Esto no puede seguir así! Tenemos que hallar la manera de sacudirnos a esos tipos de encima. Nos están llevando con ellos por el espacio, hacia sabeDios qué mundos perdidos, a miles de millones de kilómetros de nuestro sistema.

— Me parece muy bien — repuso «Happy» irónicamente —. Pero, ¿cómo te las vas a arreglar para quitarte esa lapa de encima? ¿Echándole un cubo de agua caliente?

— No lo sé — dije, y comencé a poner en funcionamiento, a toda presión, mi cerebro. «Happy» continuó hablando.

— Yo tenía una vez un amigo que era piloto espacial. Ya ves si es raro que dos astronaves se tropiecen en la misma órbita, ¿no? Pues a mi amigo le sucedió que...

— ¡Cállate! — grité, cortándole casi la respiración del susto que le di—. Guárdate tu historia para mejor ocasión. ¿Queréis contestarme a una pregunta?

— Hazla — se encogió Smithers de hombros, en tanto que Ruth me miraba con ansiedad.

— ¿Recordáis lo que le pasó a Mahoma con la montaña? — Y en las expresiones que adoptaron mis compañeros advertí que comenzaban a vislumbrar la solución.

— Sí — objetó Onson—, pero no veo la relación...

— Ellos no vienen a nosotros. Muy bien. Convirtámonos de visitados en visitantes. Pasemos a su nave. Con los látigos eléctricos podemos adueñarnos de ella.

— ¿Tú crees? — gruñó Rogers.

— No vamos a estar aquí eternamente, digo yo. Algo tenemos que hacer. O, ¿vamos a dejar que nos lleven a remolque hasta que les dé la gana?

— Está bien — repuso Cass —. Abriremos de nuevo el boquete.

Cinco minutos después, los seis evadidos nos adentrábamos por aquel oscuro túnel que ponía en comunicación las dos naves. Debía ser de una materia flexible, a juzgar por lo que se balanceaba, no con nuestro peso, sino con las vibraciones producidas por nuestras pisadas. Y, de repente, cuando menos lo esperábamos, cuando creíamos que aquella negrura no iba a tener fin, nos dimos de manos a boca con un muro metálico que resistió a todos nuestros esfuerzos por abrirlo.

Durante unos minutos forcejeamos, sin conseguir el menor resultado, pero de súbito, se partió, deslizándose en dos mitades a derecha e izquierda, y a punto estuve de caerme de bruces dentro de la nave enemiga, cuya deslumbrante luz me cegó momentáneamente.

Sin embargo, no pude detenerme; el empuje de mis compañeros que no contaban con aquella sorpresa, me precipitó, juntamente con ellos, hacia delante y, cuando recobramos el equilibrio, nos quedamos estupefactos viendo el interior de aquella nave espacial de tan rara factura, como ninguna que conociéramos anteriormente.

Pero no pudimos entretenernos mucho en la contemplación de aquella maravilla de la ingeniería astronáutica, porque un numeroso grupo de hombres se nos echaba encima, con ánimos de hacernos prisioneros, por lo que nos dispusimos a dar media vuelta.

— ¡Atrás!— grité—. ¡Sería una locura intentar resistirles!

Y, en el momento en que lo ordenaba, giré en redondo, para quedarme helado de terror.

¡La puerta se estaba cerrando, deslizándose sus dos mitades, la una al encuentro de la otra!

Apartando a Smithers y a «Happy», que me obstaculizaban el paso,

salté hacia aquellos mamparos, sin conseguir absolutamente nada.

— ¡Ayudadme! — rogué, intentando sujetar con todas mis fuerzas (y en Plutón, debido al duro trabajo, como asimismo a la excesiva gravedad, se habían desarrollado un rato, haciendo de mí un Hércules), uno de aquellos batientes.

Durante unos segundos, cuando apenas quedaba un hueco de veinte centímetros, insuficiente, sin embargo para dejar paso al cuerpo de una persona, logré detener aquel trozo de pared. Los demás, comprendiendo mi idea, se abalanzaron sobre la otra, pero alguien, el que gobernaba aquella extraña espacionave, sin duda alguna, debió enviar más energía al mecanismo de cierre y la puerta continuó inexorablemente su camino, interrumpido durante apenas cinco segundos.

Hube de apartarme de un salto. De otra forma, mis manos hubieran sido machacadas por las dos gruesas medias puertas al unirse de una manera absolutamente hermética. Y, viendo que no era posible hacer nada, nos volvimos de nuevo, dispuestos a dar la cara. Los hombres de otro mundo ya venían hacia nosotros, ahora sin ninguna clase de vestimenta protectora, descolgándose por todos los lados, por todas las escaleras, por el inmenso entramado metálico que constituía la parte interior de aquel aparato que con tanta facilidad había capturado el nuestro.

— Tendremos que usar los látigos eléctricos — murmuró «Happy», comprobando la solidez del suyo y haciéndolo restallar. Pero, en aquel mismo momento soltó una interjección de calibre pesado. Los «marcianos» aquellos se encontraban ya a muy poca distancia de nosotros.

— ¿Qué te pasa? — dije, sin mirarlo, sosteniendo con mi mano izquierda, en protector gesto, a Ruth.

— Si tienes tiempo, mira el indicador de tensión, jefe — repuso Lerks. Dio un par de saltos hacia delante, facilitados por la ausencia de gravedad y se arrojó sobre el primero de nuestros enemigos. Su tralla se enroscó en el cuello del hombre y luego, un brutal tirón, fue suficiente para derribarlo al suelo.

Pero no por la fuerza de la corriente, sino por la simple mecánica del acto. Durante aquel breve segundo, yo había echado un rápido vistazo al voltímetro y me había dado cuenta de que, a pesar de haber dado el máximo de potencia la tensión estaba a cero.

No tuve tiempo de reflexionar sobre aquella desagradable particularidad. Los individuos aquellos ya se nos echaban encima, y hube de apartar a dos de ellos, de sendos latigazos, que les señalaron

sangrientamente el torso y les hicieron retroceder más que aprisa, en medio de desgarradores aullidos de dolor. A pesar de todo, aún tenían cierta eficacia nuestras armas.

Durante unos momentos, nuestros golpes contuvieron la creciente marea enemiga. Después, hube de invertir el uso del látigo y emplear el corto pero pesado mango, golpeando cráneos sin compasión. A veces lo empleaba como si fuera una espada, y pobre del que resultaba alcanzado, porque un impacto de aquellos en su estómago era más que suficiente para retirarlo del combate y hacerle meditar sobre la fragilidad de su víscera en comparación con la dureza de un arma completamente desconocida para él.

De un seco golpe fracturé una mandíbula. El tipo cayó y pasé por encima de él. Ya hacía rato que había dejado de lado a Ruth. Comprendía que, por alguna razón desconocida para nosotros, aquellos individuos no querían hacernos daño. Solamente cogernos vivitos y coleando. Y, como temían nuestras armas, las habían inutilizado de alguna manera misteriosa, incomprensible para nuestras mentalidades.

De repente el látigo me voló de las manos. Alguien se aferró a él con todas sus fuerzas, que no debían ser pocas, y como me cogió medio descuidado, se marchó con el aparatito.

Debí poner una cara muy fea, porque el tipo pareció asustarse. Dio media vuelta y se metió entre el grupo de sus compañeros, que me impidieron el paso hasta él, para recuperarlo. Y, poco a poco, los látigos de los restantes terrestres se fueron asimismo evaporando.

— ¡Está bien! — mascullé —. Todavía nos quedan los puños y los pies.

— Tienes razón — comentó Slimmy a mi lado, apartando violentamente a un individuo de aquellos mediante el expeditivo procedimiento de dejarlo inconsciente con un brutal puntapié al bajo vientre—. ¿Qué te parece la muestra, so «marciano»?

— Los marcianos tienen tentáculos y alas — gruñó alguien, identificado por su voz y que resultó ser Onson.

Éste tomó dos tipos de aquellos por sus cabezas, una en cada mano y, juntándolas con terrible fuerza, hizo que resonaran como si fueran dos huevos. Sus enemigos cayeron, siendo pisoteados al momento.

Alguien se me arrojó por la espalda, intentando sujetarme. Una hábil y repentina torsión de mi cuerpo lo levantó en el aire. Luego, como no pesaba nada, no me fue nada difícil levantarlo sobre mi cabeza y arrojarlo sobre dos que se disponían a lanzarse sobre mí. Los

tres hombres — en gravedad cero no hay peso, pero sí la inercia conserva todos sus efectos—, cayeron en confuso montón. Uno de ellos se desanudó antes que los demás, pero fue para echar la cabeza violentamente hacia atrás al recibir el fenomenal impacto de mi pie en su barbilla.

En aquel momento percibí un agudísimo grito. Reconocí al instante la voz de Ruth:

— ¡Elliot! ¡Elliot! — gritaba con frenético desespero.

Lancé un rugido de rabia. Tres o cuatro hombres huían de la vorágine de la batalla, alzando sobre sus cabezas el frágil cuerpo de la muchacha, llevándosela hacia algún punto desconocido de aquella inmensa espacionave.

Quise avanzar hacia ella. Perdí el control de mí mismo y aplasté cráneos con solamente la fuerza de mis puños, machaqué narices y quebranté mandíbulas en una forma tal que mis brazos parecían haberse multiplicado por veinte. Pero de nada me sirvió aquel postrer esfuerzo, porque los captores de Ruth ya habían desaparecido y aquel torbellino de enemigos acabó por envolvernos en sus mil tentáculos. Decenas de hombres nos sujetaron sólidamente y no tuvimos otro remedio que resignarnos a nuestra inevitable captura.

En aquel momento ocurrió algo espantoso, algo que nos quitó ya todas las ganas de resistirnos, si es que nos quedaba alguna.

Un enorme fogonazo, cuya luz nos cegó momentáneamente, estalló en la negrura del espacio. No se percibió ningún ruido; tampoco hubo trepidación alguna, pero en aquellos dos segundos que duró la explosión, que del blanco más deslumbrante se degradó, antes de apagarse totalmente, por la gama completa del espectro, llegó a nuestros cerebros el convencimiento absoluto de que nuestra espacionave acababa de ser destruida, quitándonos de tal forma la única, remotísima, probabilidad de intentar algún día otra más que problemática evasión. Y ya, resignados, cesamos en la última y débil resistencia que a nada práctico podía conducirnos.

¡Estábamos vencidos!

Y así comenzó aquel larguísimo, interminable viaje, que duró, según nuestros cálculos, muy aproximados, puesto que carecíamos de medios de comparación, dos años terrestres. Dos años encerrados en aquella espacionave, viajando por el espacio a velocidades aterradoras, muy superiores a las pobres veinte VL que era capaz de alcanzar el que nosotros creíamos supervehículo.

Dos años transcurrieron, lentísimos, segundo a segundo, minuto a

minuto, hora a hora, día a día, antes de que al fin, notáramos en el interior del aparato una excitación que se apoderó de todos aquellos seres y que nos indicó con toda claridad, que el término de nuestro viaje infinito estaba tocando a término.

CAPITULO VII

Sí; aquella mujer tumbaba de espaldas. Lástima que su rostro estuviera un tanto demacrado y pálido, pero, aun cuando Ruth era una notable belleza, quedaba, sin embargo, absolutamente oscurecida al lado de aquella que nuestros captores consideraban como su reina. Y pude no solamente comprender su diálogo, sino seguirlo, ya que durante los dos años que permaneciéramos a bordo de la astronave habíamos aprendido el idioma de aquellos seres extragalácticos, así como ellos también el nuestro. Pero, de momento, todas las frases se cruzaban en el suyo.

— ¿Quiénes son estos hombres, Ergios? — inquirió la reina, cuyo nombre, según supe, era algo así como Myroeah.

— Mi señora, los capturamos en el momento de salir de los límites de su Sistema — repuso el jefe de la nave que nos había traído hasta aquel planeta, llamado Azhos—. Pensé que sería interesante tener unos prisioneros del mundo hacia el que, si tú no pones inconveniente alguno, hemos de emigrar. Ellos nos darán muchos detalles de la vida y civilización de su planeta, que nos serán utilísimos en el momento en que decidas empezar la marcha total de nuestro pueblo.

De modo que aquello era lo que pretendían los habitantes de Azhos. ¡Qué bandido me había resultado el tal Ergios! Mientras duró nuestro larguísimo viaje, una vez que nos hubo convencido de la necedad que sería, para nosotros, naturalmente, el intentar un golpe de mano para apoderarnos de su nave y huir, nos sonsacó todo lo que le dio la gana, y nosotros, infelices, sin saber cuáles eran sus propósitos, a lo largo del tiempo, y una vez aprendido su idioma, bastante enrevesado, por cierto, le soltamos todo lo que él quiso saber, sin necesidad de apretarnos las clavijas. Es lógico. Habíamos pensado que jamás regresaríamos á la Tierra. ¿Qué más nos daba hablar o callar? Y, de todas formas, aunque ellos se decidieran a dejarnos libres, ¿lo harían de tal manera que nos permitirían ir con ellos o bien nos abandonarían en aquel mundo que estaba muriéndose por momentos?

Pero mis elucubraciones fueron cortadas por la deliciosa voz de aquella especie de Miss Universo — y nunca mejor aplicado el calificativo — que, ondulando suavemente, bajo la acerba mirada de Ruth, a quien no le gustaba un pelo aquello, se me acercó, preguntándome:

— ¿Cómo te llamas? ¿Qué eras en tu planeta al que, según creo, llamáis Tierra?

— Elliot Kent —repuse con sequedad—. Era, lo soy todavía, físico electrónico y nuclear.

— ¿Físico? — Meditó un segundo la bella mujer y luego su rostro se animó en indescifrable sonrisa—. Creo que nos serás de grandísima utilidad, Kent.

— ¿Sí? — contesté, irónico —. ¿En qué, si puede saberse?

— Según tus propias palabras, eras un científico en tu planeta, ¿no es así? Nada mejor para nuestros planes que un hombre de tu talla, Kent.

— ¿Estás seguro de ello, guapa? — Y en aquel momento alguien intervino. El tipo que debía ser su «premier» o algo por el estilo. Arker.

— Habla con más respeto a Myrceah. Es tu reina, como lo es igualmente de todos nosotros. Comparado con su altísima estirpe, no eres ni siquiera un vil gusano de los que se arrastran por el polvo.

— ¡Ah! ¿Sí? Y tú, ¿quién eres? ¿Acaso el archipámpano de las Indias? — No pude evitar la mordacidad en mis palabras. Arker se volvió hacia la reina.

— Mi señora, déjame castigar la desvergüenza de este insolente — rogó.

Ella se encogió de hombros indiferentemente, y el «premier» se acercó hacia mí. Luego, el revés de su mano acarició blandamente mi cara.

Aquello debía ser terrible en Azhos, porque un murmullo de horror se levantó inmediatamente en todos los circundantes. Pero a mí me hizo reír y, sin dejar de mirar a Myrceah, le dije, en un tono zumbón que ellos no supieron captar:

— Mi señora, déjame agradecer a Arker su benévolo castigo —pedí con hipócrita humildad. El aludido se esponjó como un pavo real, pero inmediatamente su rostro tomó un tinte agónico.

Mi puño izquierdo salió disparado hacia su estómago. El fulano se

inclinó hacia delante, jadeando penosamente, y luego, cuando el filo de mi mano entró en contacto con aquella deliciosa nuca, que se ofrecía de una manera tan tentadora, con un súbito estirón de piernas, acabó de tenderse sobre el suelo, en donde se dedicó a la meditación de la falta de respeto que ciertas personas tenían hacia su elevadísima categoría.

Ergios y algún otro quisieron abalanzarse sobre mí. Cerré los puños, aprestándome a la defensa, viendo, con el rabillo del ojo, que Smithers y compañía se disponían a hacer lo propio, mas en aquel momento la voz de Myrceah sonó altiva, imperativa, terminante:

— ¡Quietos todos!—Y vaya, los frenó en seco. Si impidió su acción, si impidió que sus lenguas se movieran en multitud de dicterios hacia mi persona, no en cambio logró atenuar los rayos de odio que salieron de todos aquellos pares de ojos hacia mí, pero me reí de ellos, sacándoles la lengua con un gesto que todos entendieron admirablemente.

Myrceah dio unas órdenes:

— ¡Llevaos a Arker a sus habitaciones! El resto de los prisioneros que aguarde en la estancia contigua. Quiero hablar a solas con Kent.

Ergios dio un paso adelante. Temblaba su voz al hablar.

— Mi señora, permíteme un consejo. Este hombre es peligroso. Puede hacerte daño.

Sin separar sus ojos de los míos, la reina le contestó indiferentemente:

— Gracias, Ergios, pero sobra la advertencia. Sé cómo tratar esta clase de hombres.

No tuvieron más remedio que agachar la cabeza. ¡Diablos! ¡Cómo imponía respeto la voz de Myrceah, sin necesidad de levantarla un ápice de su tono normal! El caso es que dos minutos después nos hallábamos solos, y ella, marchando lentamente, se acodó contra el antepecho de uno de aquellos inmensos ventanales, desde el que se descubría un lóbrego paisaje de grises vegetales que estiraban desesperadamente sus ramas hacia aquel lejano sol que apenas iluminaba el desconocido planeta en que nos hallábamos, como si quisieran buscar en aquel mortecino astro, próximo a extinguirse, un medio de prolongar su más que precaria existencia.

Me miró durante treinta segundos, sonriéndome de una manera indefinible, pero no por ello menos atractiva, y al fin murmuró:

— ¡Acércate! Ven. Quiero hablarte.

Di un par de pasos hacia ella. Había en su rostro algo vagamente turbador que no dejaba de causarme un ligero sentimiento de inferioridad, pero que procuré disimular bajo la capa del hombre indiferente y -sarcástico, de vuelta ya de todo. Aguardó a que ella comenzara la conversación.

— ¿Son todos los científicos como tu, Kent?

— ¡Qué cosas tienes, Myrceah! ¿Es que orees que a los estudiosos de mi planeta los eligen por su cara bonita? ¿O por su sabiduría?

— ¿Te estás alabando a ti mismo? — me replicó al instante agudamente.

— Puede. A fin de cuentas ya hace mucho tiempo que murió mi abuela. ¡La pobre!

— No te entiendo — dijo, abandonando su lánguida postura, pero no la dejé continuar.

— Está bien — dije, con algo de impaciencia en mi acento—. En mi país solemos ir directamente al grano. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Se me acercó ondulando reptilescamente.

— Me gustas — dijo simplemente, echándome sus brazos, dos serpientes de cálido marfil, al cuello, sonriéndome como una diablesa.

— ¿Es eso todo lo que tienes que decirme? — murmuré, al mismo tiempo que asía aquellas dos finas muñecas, sin el menor adorno, desasiéndolas de mi nuca, suave, pero de un modo de indudable firmeza

— ¿Qué más ansias? — murmuró, sin intentar soltarse, fascinándome con las negras brasas que eran sus ojos.

— Soy tu prisionero. Es cierto. Pero no creo que me hayan traído hasta ti, después de dos años de viaje por los espacios, simplemente para escuchar tu declaración amorosa. ¡Vamos, desembucha! — le dije, perdiéndole de una vez el respeto y apartándola ligeramente de mí. Empezaba a marearme.

— Está bien — repuso Myrceah con desencantada sonrisa —. ¿Sabes lo que nos está ocurriendo en Azhos?

Denegué con seco movimiento de cabeza. Ella prosiguió:

— Nuestro sol se está muriendo. Lo cual hace quetodos los habitantes de este mundo, yo incluida, estemos condenados a la muerte en un plazo muy próximo. Queremos hacer una emigración en masa hacia otros lugares tan solamente unos pocos años, que nos dé luz, calor y vida.

— ¿Vida? — inquirí sorprendido.

— Sí. Nuestro sol nos da alimento por medio de la fotosíntesis y…

Pero no la dejé seguir. Una enorme carcajada, rotunda, estrepitosa, estentórea, agitó todo mi cuerpo y ella se puso seria repentinamente, sin comprender el motivo de mi hilaridad que, no pudiéndola calmar por ninguno de los medios a mi alcance, duró un largo rato hasta que al fin logré recobrar mi equilibrio mental.

— ¿Qué te pasa? — inquirióme ella toda extrañada.

— Conque fotosíntesis, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Quién me iba a decir que a billones de kilómetros de distancia de la Tierra me iba a encontrar con una raza helióvora, devoradora de sol?

— No le veo nada de particular… —empezó a decir Myrceah, toda ofendida, mas yo continué. Y lo que le dije hizo que sus ojos chispearan de cólera.

— Pensáis ir a la Tierra. Sí. Es fácil decir. También es sencillo construir numerosas astronaves que caminen con infinita más rapidez que la luz. Pero, dime, Myrceah. ¿Habéis pensado en el recibimiento que se os hará? ¿Se os ha ocurrido meditar sobre el hecho de que los terrícolas no consentirán en modo alguno que una raza extraplanetaria se asiente sobre el globo que viven?

— Les obligaremos a ello — declaró la reina, altivamente.

Volví a reír de nuevo y aquello empezó a enfurecerla.

— Tenemos medios — dijo — para obligaros a asentir a nuestros propósitos.

— Muy bien. Muy bien. Adelante, pues, Myrceah. Pero en cuanto asoméis la nariz en los confines de nuestro Sistema, empezarán a dároslas todas en el mismo carrillo. No quedaréis ni uno solo de vosotros para contarlo.

Ahora fue ella quien sonrió desdeñosamente.

— No sabes lo que te dices, Elliot Kent. Poseemos armas capaces de destruir vuestro globo de un solo golpe. Incluso hacer estallar vuestro sol y que el colosal incendio que esto supondría se propagase por todos vuestros nueve planetas, consumiéndolos en la gigantesca pira sideral que se formaría.

Me encogí de hombros.

— Supongo que será verdad lo que dices, Myrceah. Por mi parte, adelante. Peor de lo que estaba no estaré. A no ser que me condenes a muerte.

— ¿Peor de lo que estabas? — inquirió ella, sorprendida.

Me vi obligado a contarle en pocas palabras toda mi historia, así como la de mis compañeros.

Myrceah sonrió una vez más. Luego dijo:

— Ahí tienes una razón de peso para unirte a nosotros. No puedes volver a tu planeta. Eres un proscrito un fugitivo de la ley. Únete a nosotros. Venceremos. Tendrás altos cargos. Quizás uno muy alto, tan alto como ni siquiera hubieras podido soñar — y al decir estas últimas palabras me miró de un modo que..., bueno, ¿para qué seguir?

Confieso que las frases de Myrceah me marearon en un principio. Pero pronto me sustraje a su encanto.

No — dije con firmeza—. Cada uno es como Dios lo ha hecho y por nada del mundo sería capaz de traicionar a mi planeta.

Inesperadamente la reina hizo algo que no pude evitar. Pues me cogió el rostro con sus manos y oprimió sus ardientes labios contra los míos. Después se separó, diciéndome:

— ¿Ni siquiera por esto serías capaz de unirte a nosotros?

Mi gesto, mudo, fue altamente significativo. Volví a retirar aquellas manos y moví la cabeza de derecha a izquierda. No dije una palabra, pero el pálido rostro de la mujer se animó con la furia que le inspiraba el desprecio de que acababa de ser objeto. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que pretendía hacer resonó el estallido de una bofetada. ¡Caramba! Sus manos podrían ser delicadas, pero sacudían a modo. Luego intentó repetir la suerte, pero ya no me cogió desprevenido. Así aquella muñeca con férrea tenaza, que le hizo lanzar un grito de dolor, inmediatamente ahogado por su indomable orgullo, y se la retorcí cruelmente, al mismo tiempo que le decía:

— Crees ser algo muy elevado, algo intangible, digno de que todo el mundo se prosterne ante ti, y en este momento no eres más que una débil mujer.

La atraje con terrible fuerza hacia mí. Con lamano libre sujeté su talle, mientras que con la otra sujetaba sus manos, que, agitándose furiosamente, intentaban rayarme el rostro con las agudas hojas de sus puntiagudas uñas. Después... La arrojé a un lado, diciéndole: — Me gusta besar a las mujeres cuando me apetece. No antes ni después.

Myrceah estaba roja de cólera, de ira, de furia mal contenida. Gritando como una gata enfurecida, volvió a arrojarse contra mí, en el momento en que Ergios y unos cuantos hombres de su guardia,

atraídos por el fenomenal escándalo que formaba aquella mujer, corrían hacia mí, dispuestos a sacudirme de veras.

Pero si esperaban que me sometiera con toda tranquilidad se llevaron un grandísimo chasco. Y además mi acción los dejó paralizados, puesto que nunca hubieran sospechado que ser humano alguno se atreviera a hacer lo que yo hice: poner las manos en su reina, ¡y de qué manera!

Sin el menor empacho, sin ninguna clase de ceremonia, la cogí en mis brazos, arrojándola contra aquel grupito de cinco o seis hombres que, acaudillados por Ergios, se me abalanzaba hacia mí. Sonó un agudísimo chillido cuando Myrceah se vio describiendo una parábola por los aires, revoloteando su larga túnica como un pájaro de nueva especie, dejando ver la esbeltez de sus finas piernas.

Chocó contra sus súbditos, derribando a tres o cuatro de ellos, y cayendo en confuso montón por el suelo. Los otros dos, Ergios y un tipo de aquellos, se quedaron paralizados por el asombro. ¡Jamás, entodos los días de su vida, habían visto un caso como el que estaba ocurriendo!

El innato respeto que sentían por su reina era tal que durante unos segundos permanecieron como paralizados por el asombro que les producía tan insólito suceso. Esto me vino bien, porque yo no me estuve quieto ni mucho menos.

Eché a correr hacia el ventanal en que unos momentos antes se apoyara Myrceah, quien ya se estaba incorporando, entre furibundos gritos, que expresaban tanto su cólera, como el descontento por aquellos a los que estaba llamando ineptos y estúpidos, además de otras lindezas por el estilo. Pero yo no estaba dispuesto a escuchar su discurso, por lo que me puse en pie sobre el antepecho.

Eché un vistazo bajo mis pies. No había mucha altura y además los árboles podían servir para amortiguar mi caída. Sin embargo, Ergios y el otro, espoleados por las voces de su reina, corrieron hacia mí, antes de que tuviera tiempo de saltar al vacío. Quería hacerlo con comodidad, eligiendo una buena rama que me impidiera hacerme más daño del necesario.

Apartó al segundo de un puntapié, que le hizo retorcerse de dolor en el suelo y después ocuparse de su dolorida mandíbula. Ergios se me abrazó a las piernas, impidiéndome la repetición del golpe. Simulé dejarme caer.

Aquello fue su perdición, porque le metí una rodilla por un ojo y no necesité más. Se separó de mí a toda prisa, como si mi organismo estuviera cargado de electricidad de alto voltaje, y ya no quise

aguardar más. Descabellado era mi plan de fuga, pero ¿qué iba uno a hacer? ¿Someterme voluntariamente a los caprichos de aquella niña mimada?

Caí, tal como lo había previsto, sobre aquellas grises ramas que, ante mi infinito asombro, cedieron sin amortiguar en lo más mínimo mi caída. Se convirtieron en polvo maloliente y pestífero, en una nube de partículas que se introdujeron por todos mis poros; por boca, ojos y narices, haciéndome toser y lagrimear de un modo verdaderamente insoportable. ¡Caramba con aquellos vegetales! ¡Cuánta razón tenía Myrceah! Verdaderamente les estaba haciendo falta mucho sol, muchísimo. Aquello era un planeta muerto, en el que, dentro de poco, no habría la más remota posibilidad de vida de ninguna clase.

A todo esto, en medio de mis toses y estornudos, mi cuerpo me dolía más de lo conveniente. El golpe había sido regular, puesto que no había habido disminución de la caída; pero hube de sacar fuerzas de flaqueza, porque tenía que salir de aquella intolerable polvareda, cuando menos para respirar libre mente.

Así lo hice, y un par de minutos después ya había recobrado al menos un tercio de mi normal visión. Poco era, más sí lo suficiente para darme cuenta de que un tropel de aquellos soldados avanzaban hacia mí. Con las manos, según me pareció, absolutamente desnudas. Pero ¿es que aquella gente no tenía ninguna clase de armas? ¿Con qué, pues, pensaban ganar el combate que pensaban sostener con los terrícolas?

Inspirando y respirando profundamente logré expulsar de mis pulmones la suciedad que se había introducido en ellos. Vi que mis enemigos se disponían a capturarme formando un círculo que me rodease por todas partes, pero no estaba dispuesto a dejarme cazar como un infeliz pajarillo.

Salté hacia adelante con terrible violencia, fiando en mi impulso para romper aquella barrera. Lo conseguí, riéndome como un loco, a carcajadas. ¡Que me echasen media docena de galgos! ¡Los muy idiotas!

Aún no había dado cuatro pasos cuando de súbito advertí un dolor intolerable en uno de mis tobillos, algo así como si un hilo de candente fuego ciñera aquella región de mi organismo. Di un brusco tirón para libertarme de aquel lancinante dolor que me recorría todo el cuerpo, de pies a cabeza, mas otro rayo de llamas se enroscó en uno de mis brazos, que quedó tan inmovilizado como si lo hubiera amarrado con un cable de diez centímetros de espesor.

Intenté liberarme de aquella opresión. Mirándome la parte

afectada, aprecié el hundimiento de la carne en el lugar en que aquel invisible lazo se me había arrollado, y repentinamente descubrí la explicación de lo que parecía ser indescifrable misterio.

Una rayita de luz, finísima, apenas perceptible, como si fuera un hilo expulsado por el vientre de algún arácnido, voló por el aire, recta hacia mí. Tocó mi cuello, con una intolerable sensación de quemadura, ciñéndomelo con terrible fuerza. El hilo terminaba en las manos de uno de aquellos sicarios, en una de las cuales se veía algo muy parecido a undiminuto ovoide de oscuro color, y luego aquella mano dio un brutal tirón.

Noté que la sangre empezaba a correr por mi garganta, al mismo tiempo que la sensación de estrangulamiento llegaba a límites realmente insoportables. Impedida la entrada del aire hasta mis pulmones, éstos parecieron quererme estallar. La sangre se me agolpó en mis ojos, abrí la boca espasmódica- mente en un fútil y vano intento de aspirar oxígeno y también en vano mi mano libre intentó deshacer aquel dogal que me arrancaba la vida poco a poco.

Círculos de todos los colores comenzaron a danzar vertiginosamente ante mis ojos. Un continuo y creciente zumbido, insoportable, agudísimo, se apoderó de mis tímpanos, y las figuras de mis enemigos comenzaron a verse borrosas, a través de un cristal completamente rojo. El tipo que sostenía el cable dio un nuevo tironaso y aquello fue el fin, porque inmediatamente me sumí en una negra inconsciencia.

Todavía, en la décima de segundo que precedió a mi desvanecimiento pude ver el sonriente y satisfecho rostro de Myrceah que se inclinaba hacia mí. No lo sé todavía, pero juraría que sus labios se oprimieron contra los míos. Después nada, absolutamente nada, salvo una aliviadora sensación de total descanso.

CAPÍTULO VIII

Realmente el espectáculo era algo terriblemente impresionante. Aquella visión daba una tremenda sensación de fuerza y poderío, pero a mí maldita la gracia que me hacía. Además, tenía pocas ganas de admirar aquella interminable colección de espacio- naves que se extendían por la no menos interminable llanura, bajo los débiles rayos de aquel moribundo sol, cuya fuerza lumínica no igualaba, ni con mucho, la del nuestro en la medianoche antártica.

Y no tenía ganas de recrear mi vista en aquella bélica demostración, dispuesta, según Myrceah, para aplastar el poder terrícola, por la sencilla razón de que tenía mi cuello, además de la pierna y el brazo, vendados. Los tipos aquellos habían apretado fuerte sus lazos, y de no haber sido por la oportuna llegada de la mujer muy bien hubiera podido contarme entre los difuntos.

Ahora nos hallábamos todos en la inmensa explanada, incluyendo a mis compañeros de cautiverio plutoniano. A mi derecha se hallaba Ruth, un tanto ofendida, sin contestarme apenas más que con secos monosílabos. Pero, señor, ¿qué culpa tenía yo de que Myrceah fuera una niña caprichosa y anduviera rondándome los huesos? No. No lo sabía comprender, por más que había intentado explicárselo.

— ¿Qué te parece mi Armada Sideral? —me preguntó la reina. Hasta el lugar en que nos hallábamos llegaba el sordo rumor de la muchedumbre que iba embarcando, lenta, pero disciplinadamente, en los aparatos que los llevarían hasta aquellos lugares del Universo en los que la luz del sol, la vida, no faltaba nunca.

—¡Psé!...—repuse indiferentemente. En el exterior, porque en mi ánimo estaba más que asustado por la suerte que pudiera correr mi planeta. Aquello era una colección de aparatos espaciales jamás nunca vista. Centenares, millares, quizá decenas de mil, eran el número que componía aquella descomunal flota, destinada, al mismo tiempo que a transportar toda aquella muchedumbre, a invadir la Tierra. A robar el sol, en una palabra—. No está mal, por ahora al menos. Luego ya veremos si la realidad responde a la teoría. Me gustará verlo.

— Lo verás, lo verás — me sonrió Myrceah—. Ya te he dicho que tendrás un lugar preminente junto a mí. En el viaje y... si te portas bien, después también. Cuando tu planeta sea nuestro.

— ¡Hum!— rezongué—. La cosa está aún por ver. Te advierto que mis paisanos tienen muy malas pulgas cuando se trata de defender lo que es suyo desde la creación del mundo.

— Bueno. Con su resistencia ya hemos contado. Pero, sinceramente, ¿crees que nos darán mucho trabajo?

— Más del que te supones, Myrceah — repuse aviesamente. No había quien resistiera aquello. La Tierra se tendría que rendir incondicionalmente, arrojandola toalla al primer «round»—. Me gustaría hacer una pregunta.

— Hazla — sonrió de nuevo aquella hermosísima diablesa—. Tu curiosidad será satisfecha siempre que lo desees.

— Gracias. ¿Cómo es que habéis organizado en tan poco tiempo tan

descomunal flota astronáutica?

— ¿Poco tiempo? — Myrceah rió jubilosamente — ¡Qué ingenuo eres y en qué poco nos valoras, Kent!

— ¿Por qué? — me molestaba francamente aquel incesante aire de superioridad. La gente continuaba embarcando. Me di cuenta de que había astronaves especialmente dedicadas al personal «no combatiente». Otras, en cambio, se llenaban con los guerreros que componían las «fuerzas de ocupación». Y ambas masas eran ingentes. Las lucernas de las astronaves los tragaban en anchas columnas, cuyo número no parecía tener fin.

— Mira, Kent. Lo que ocurre ahora hace ya muchos años que estaba previsto. No solamente por nuestros equipos de expertos, sino por las calculadoras. Luego, si sabíamos que nuestro mundo iba a morir por falta de luz y calor, lo lógico era que previniéramos el modo de escapar a una muerte total, ¿no es así?

Hube de asentir a regañadientes. La previsión de los azhonianos había sido formidable. Había que reconocérselo. Ella prosiguió:

— Ya hace muchos años también que nuestros aparatos devoran los espacios en busca de un mundo habitable para nosotros. Lo hallaron al fin. Cuando ya apenas si nos quedaban esperanzas. No hubierapasado mucho tiempo sin que la muerte se hubiera extendido sobre Azhos. Pero ahora... ¡la vida, una gloriosa vida, eterna, con sol, con luz, con calor, nos aguarda al término de nuestro viaje!

— ¡Y mucha leña también! — repliqué con sorna,

— ¿Cómo?

A pesar de que ya me expresaba correctamente en su idioma, no podía evitar que se me escaparan algunos giros particulares del mío, y Myrceah me pidió que le aclarase lo que había querido decir. Cuando lo supo, sonrió indefiniblemente.

— ¡Pobre infeliz! Confías demasiado en los tuyos. No quiero, sin embargo, que padezcas mucho. Haré que te demuestren la potencia de nuestras armas. ¡Ergios! — llamó.

El aludido se acercó, saludando respetuosamente, y Myrceah le dio unas breves y concisas órdenes, lo que dio por resultado que un vehículo que estaba a punto de ser embarcado en una astronave, girara sobre sus ruedas, muy semejantes a las nuestras, y se nos acercara.

Parecía un tanque antiquísimo, una especie de carro blindado, cuya única arma era especie de ancho y corto cañón, de un metro de largo

por casi otro tanto de diámetro. No se veía nada más que indicase aparatos ofensivos ni de ninguna otra clase. Pero aquel cañoncito era algo formidable, lo supe en el segundo siguiente cuando Myrceah hizo un gesto indicando su palacio y la ciudad que quedaba a espaldas nuestras, muertas las casas, totalmente abandonadas.

De la boca de aquel artefacto salió un rayo deluz blanca. No muy intensa porque se podía mirar de frente con impunidad para la vista, pero de efectos catastróficos, porque aquella luz, apenas tocó las edificaciones comenzó a fundirlas como si en vez de durísima piedra fueran de blanda mantequilla. Girando lentamente, en un abanico de poquísimo radio, el palacio desapareció derretido, volatilizado. Y no solamente él, sino todas las casas, muchas de ellas enormes, altísimas como nuestros rascacielos, hasta que aquel fantástico y poderosísimo rayo de luz no encontró ningún obstáculo, abriendo ancha calle a todo lo largo de la ciudad, atravesándola hasta que pudimos ver con claridad a su extremo. El operador del cañón continuó haciéndolo funcionar durante diez minutos más, en medio de nuestro atónito y expectante silencio y, cuando terminó, de la mitad de aquella colección de edificios no quedaba nada. Absolutamente nada. Como si no hubieran existido jamás.

Tardé unos momentos en reaccionar. La cosa había sido demasiado fuerte. No solamente para mí, sino para mis compañeros, en cuyas frentes, pálidas, pude apreciar innumerables gotitas de sudor.

— ¿Qué... qué di... diablos es esto? — pregunté, balbuciendo apenas las palabras. El aire de Myrceah no podía ser más satisfecho.

— Nada —dijo volublemente—. Nada. Simplemente energía pura, canalizada a través de determinadas ondas lumínicas. Y ten en cuenta una cosa. Lo que has visto es solamente para objetivos menores. Tenemos proyectores de energía de potencia infinitamente superior al que has visto en acción.

No sé de dónde saqué las fuerzas para secarme la abundante transpiración que me corría por todo el rostro, hasta escurrírseme en arroyuelos por el cuello. Pero no tuve tiempo de hacer ninguna otra pregunta. Arker se nos aproximó.

— Mi señora — dijo—, todo está dispuesto para la marcha. ¿Dónde viajarán esos? —y subrayó el adjetivo con harto desprecio en el tono de su voz.

— En mi propia nave. No quiero dejarlos solos ni un momento. Son peligrosos.

Echamos a andar a una orden de Ergios, fuertemente custodiados por un selecto grupo de guerreros, cuya única arma, apenas visible,

era el lanzador de cables, aquellos cables de los que mi organismo guardaba un recuerdo nada agradable por cierto. Y al llegar al pie de la astronave fue cuando la admiré en todo su esplendor.

Altísima en su perfecta esfericidad, mediría muy bien el medio kilómetro en su eje. Aquella era una muestra maravillosa del formidable adelanto científico de los azhonianos, una raza cien mil veces más vieja que la nuestra. Naves colosales, capaces de albergar millares y millares de hombres en su interior, surcadas de lucernas que dejaban escapar la brillante iluminación que las daba vida y calor.

— Tenemos un sustitutivo de la luz solar, que es nuestra vida — me aclaró Myrceah cuando la miré interrogadoramente —. Pero consume demasiada energía; por ello es impracticable, salvo para cortos períodos de tiempo. Tendremos que racionar severamente su utilización o, de lo contrario, jamás llegaríamos a vuestro planeta.

El interior de la nave nuestra era algo fabuloso, de ensueño, como jamás soñara en ver. Ni el mayor edificio terrícola podía compararse con ella. ¿Cuántos cabrían, hábilmente distribuidos, de modo que nadie se quejara por falta de espacio? ¿Cincuenta mil? ¿Un centenar de miles? No me molesté siquiera en intentar un mediano cálculo. Me hubiera mareado, sin duda alguna. La Tierra había pasado momentos muy amargos y muy duros durante su larguísima historia, pero jamás se había enfrentado con el que la estaba amenazando. Y eso que todavía faltaban más de dos años de viaje por delante, a velocidades fabulosas.

Myrceah dio una orden y me separé de ella. Con Ruth y los otros cuatro fuimos encerrados en una cámara, provista de un par de lucernas, desde la que veíamos con toda claridad el fabuloso despliegue de astronaves. Los azhonianos habían previsto aquello muchos años antes y el arranque se estaba llevando a cabo con toda disciplina, en un magnífico orden — había que reconocerlo—, sin que la partida sufriera la menor perturbación.

— ¡Vaya! — me dijo zumbón Smithers cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas—. Ya tenemos aquí de nuevo a nuestro buen amigo. ¿Qué? ¿Ha caído en desgracia el favorito de la reina?

— Ni yo soy su favorito, ni he tenido gracia alguna con ella — repliqué secamente—. Mi situación es la misma que la vuestra: un prisionero más, cuya vida terminará, con toda seguridad, el día en que estos bárbaros hayan conquistado nuestro planeta.

— No será así —declaró Ruth apasionadamente,acercándoseme—. Nuestros compatriotas tienen medios más que sobrados de rechazar toda clase de invasión extragaláctica.

— ¡Hum! — gruñó Rogers—. La duda, después de la demostración que nos hicieron con el cañón energético, surge inmediata.

— Recordad que tienen granadas capaces de destruir un planeta — objetó Ruth.

— Sí, pero ¿no harán estallar esas bombas antes de tiempo los azhonianos? — Era «Happy» el que hablaba contemplando la partida de la Flota. Nuestra nave, al principio, hasta salir al vacío, se movía lentamente. Aceleraría cuando no tuviera obstáculo alguno gaseoso. De repente soltó una exclamación —: ¡Hola! ¿Qué diablos es esa pelotita?

La «pelotita» no era otra cosa que una minúscula esferilla de unos diez metros de diámetro que pasó por delante de nuestras propias narices. Treinta segundos después volvió a pasar, y la próxima vez que la vimos, así como las siguientes, aquel intervalo se fue reduciendo, lenta, pero perceptiblemente. Parecía un satélite de nueva especie girando alrededor del planeta que era nuestra espacionave. Cass Smithers se encargó de aclarárnoslo.

— Es el puesto de pilotaje de la nave. Hasta que no hayamos ganado la velocidad de crucero no se reintegrará a su hangar.

— ¡Vamos, un remolcador! ¿No? — dije.

— Así es —contestó Smithers displicentemente, y no dejó de extrañarme el que estuviera enterado de los detalles de aquella clase de astronáutica, lo cualno dejé de aprovecharme para sonsacarle todo lo que pude.

— Por lo tanto —dije, tras algunos momentos de meditación—, el «remolcador» debe ser infinitamente más veloz que el «remolcado», ¿no es así?

—Tú lo has dicho — me contestó Cass, y todos callamos, pero en mi magín algo bullía a causa de una idea que se me había ocurrido repentinamente.

Traté de poner en práctica tal idea muchos meses más tarde, cuando ya estábamos más que hartos de navegar por el espacio, en un viaje que no parecía tener fin.

Rogers, «Happy», Onson y también Ruth se mostraron conformes con mi plan. Smithers se encogió de hombros.

— ¿A mí qué me importa que los terrestres mueran o vivan? — dijo —. Mejor que Myrceah se haga con el gobierno del Planeta. Así podré emborracharme todo lo que quiera. ¡Doce años por sacudirle una bofetada a un guardia! ¡Que revienten esos piojosos!

Todos mis esfuerzos por convencerle de que se uniera a nosotros fueron inútiles. Lo único que conseguí fue arrancarle la palabra de que, cuanto menos, permanecería neutral.

— Sois unos locos — dijo, encerrándose en un ceñudo mutismo.

— Si me hubiera portado como una persona dotada de razón, todavía estaríamos viéndole los bigotes a Mustafá — le reproché. Y ya no le volví a decir nada más. Procuré vigilarle y no perder uno sólo de sus movimientos. En el viaje teníamos cierta libertad y podíamos recorrer la nave a nuestro antojo, cosaque nos venía muy bien para el desarrollo de mi idea, y nunca consiguió Smithers hallarse solo. Uno de nosotros, por encargo mío, si yo no estaba con él, buscaba un pretexto para no abandonarle por ningún concepto. No queríamos la menor filtración.Y si sospechó algo, se guardó muy bien de decírnoslo. Sin embargo, nos sorprendió al unírsenos en el momento decisivo.

Éste llegó cuando tuvimos seis equipos completos, similares en todo al de aquellos guerreros, incluida la pistola de energía, mil veces más potente que nuestras débiles desintegradoras. Con un arma de aquellas se podía barrer un batallón de la superficie del Globo, sin dejar el menor rastro de su existencia.

De modo que un buen día — y empleo términos terrestres — yo, con Ruth y Smithers por un lado, y «Happy», Rogers y Onson por otro, nos dirigimos hacia el lugar en que se hallaba guardado el satélite. En la diminuta astronave confiábamos para largarnos de allí y dar aviso a los desprevenidos terrestres, quienes únicamente sabrían que una flota poderosamente armada, dispuesta a invadir el planeta, se les aproximaba, cuando fuera advertida por los detectores de la estación de vigilancia de Plutón.Y entonces, contando con que hubieran reducido la marcha a la velocidad de la luz, comenzando ya el proceso de deceleración, solamente tendrían trescientos veinte minutos para aprestarse a la defensa. Pobre plazo para intentar algo eficaz.

Solamente había una pareja ante la puerta del hangar. Pasamos por delante de ellos, simulando tranquila indiferencia, pero de repente Cass y yo nos volvimos.

Los viejos trucos terrestres de la lucha cuerpo a cuerpo surtieron instantáneos efectos. Los dos desprevenidos centinelas cayeron inanimados y el piloto y yo nos abalanzamos sobre sus pistolas. Convenía estar armados.

No me entretuve en andar buscando la cerradura del hangar. No podíamos perder tiempo. Me coloqué de refilón y enfilé la pistola hacia las juntas y oprimí el botón que dejaba paso a la energía. Pero apenas lo había hecho, cuando un grito de Ruth me hizo volver la

cabeza.

— ¡Cuidado, Elliot! ¡Detrás de ti!

Había, a veinte metros de nosotros, una especie de pasarela o puente que comunicaba dos sectores del interior de la astronave. Un hombre había allí y se dio cuenta de lo que pretendíamos hacer.

Echó mano a la funda de su pistola; pero, desgraciadamente para él, sus movimientos eran demasiado tardíos. Le gané por la mano y apenas el rayo de luz que salió del cañón de mi arma entró en contacto con su cuerpo, el azhoniano desapareció sin dejar el menor rastro. Ni siquiera una columna de humo. Pero en el mismo instante en que había apretado el disparador, un terrible estrépito comenzó a escucharse en el interior de la nave, y miles de hombres, corriendo como locos, comenzaron a salir de los alvéolos en que se hallaban alojados.

— ¡Cielos! ¿Qué es esto? — inquirí.

— El detector de energía — contestó simplemente Smithers, atareado en abrir la puerta del hangar,cosa que logró diez segundos después —. Como ahora no hay peligro de ataque, se pone en funcionamiento para que nadie pueda usar un arma como la que tenemos, sin saberse al momento.

Nos precipitamos dentro del lugar en que se hallaba la diminuta esferilla.

— ¿Y los otros tres? — pregunté de repente. El jaleo continuaba en aumento.

Aquellos por quienes me interesaba aparecieron de pronto, disparando como energúmenos sus armas, conteniendo, por el momento, la progresión de los guerreros de Myrceah. No se oía el menor ruido procedente de sus pistolas; pero, moviéndolas en abanico, hicieron verdaderos estragos.

— ¡Vamos! — les acucié —. ¡A la nave!

Onson me obedeció y quiso dar media vuelta, pero en el mismo instante un rayo de luz energizada le tocó. Hubo un chispazo y, cuando desapareció el diminuto relámpago, Onson se había ido con él. Tragué saliva. No había quedado del infeliz el menor rastro.

«Happy» y Slimmy, al alimón, barrieron al osado, concentrando los haces de fuerza de sus pistolas sobre su cuerpo. El resultado fue catastrófico pero otro tirador, apostado en lugar cubierto, se aprovechó de la ocasión y mis dos compañeros se convirtieron también en polvillo cósmico, en vista de lo cual, empujando a Ruth,

me zambullí en el interior del «remolcador».

Smithers ya se hallaba sentado ante sus mandos y arrancamos inmediatamente. Como un ciclón, sin cerrar, por control radial remoto la puerta exterior de la nave grande, con lo que el aire empezó a escaparse en locos torbellinos que se congelaban apenas llegaban al vacío sideral.

— Eso les entretendrá un rato —gruñó Smithers, e inmediatamente, tras haber puesto en funcionamiento el dispositivo antiaceleración, nos sumergimos en la negra pared del espacio.

Durante unos segundos contemplamos fascinados el formidable espectáculo que era aquella colosalísima armada que se dirigía hacia nuestro planeta. Después, aquella visión se esfumó cuando Smithers dio toda la potencia al motor de la navecilla. Aunque salieran en nuestra persecución, aunque todos los «remolcadores» se nos echaran encima, nada podrían hacernos, porque ya les llevábamos suficientes kilómetros de distancia. Podrían seguirnos, pero siempre conservaríamos, entre nosotros y los perseguidores, el mismo intervalo. Y tampoco podían usar los rayos energéticos, porque éstos alcanzaban la velocidad normal de trescientos mil kilómetros al segundo. No la podían rebasar.

CAPÍTULO IX

— ¡Alto! ¡Quietos! — gritó una voz áspera a nuestras espaldas—. ¡No se muevan o los desintegro! Las manos bien altas. Así. Muy bien. Veo que son unos chicos obedientes. Ahora den la vuelta con todo cuidado y tengan en cuenta que mi dedo tiembla mucho sobre el gatillo.

Ruth, Cass y yo obedecimos al propietario de los berridos. Giramos muy despacio, ya que no teníamos la menor gana de desaparecer convertidos en una nubecilla de humo verdoso, y nos encontramos ante un tipo vestido con el uniforme de los guardabosques yanquis, quien nos encañonaba firmemente con una pistola desintegrante, dispuesto, como había dicho, a borrarnos del mapa al menor movimiento sospechoso.

— Escuche, guardia. Nosotros… —comencé a decir, pero aquel fulano me hizo callar.

— ¡Silencio! Silencio hasta que yo lo ordene. Y vuelvo a repetirles

que no se muevan o lo pasarán muy mal. Mejor dicho, no tendrán tiempo de pasarlo ni bien ni mal. Los asaré en un segundo.

Lentamente, milímetro a milímetro, el forestal fue retrocediendo hasta un pequeño tractor que tenía allí y que le servía para sus recorridos en todo terreno por la Selva Nacional de Shoshone, en Montana. Sin separar la vista de nosotros, tocó un interruptor y al momento el transmisor dejó oír la voz de alguien situado a bastante distancia del lugar en que nos hallábamos.

— ¿Qué tripa se te ha roto por ahí, Sam?

— Ven pronto con fuerza, Rickie. Tres tipos desconocidos acaban de aterrizar por aquí. Parecen de otro mundo, aunque uno de ellos habla algo parecido al inglés.

—¡No me digas! —se burló el otro—. ¿Todavía con las tonterías de los platillos volantes, Sam?

— ¡Déjate de estupideces! Ven pronto. — Y dicho esto cortó la comunicación. Luego nos miró de nuevo.

Intenté hablar, pero el llamado Sam no quiso ni escucharme.

Media hora escasa después un helicóptero aterrizaba en el lugar en que, por nuestra mala fortuna, habíamos caído al escaparnos de Myrceah sin que nuestra acción nos sirviera para nada. O al menos eso nos parecía a nosotros.

Del aparato descendieron tres hombres: el jefe de los forestales con otro de los suyos, ambos armados, y un tercero con la clásica estrella sobre el pecho.

— ¡Hola, Sam! ¿Qué ocurre?

Nuestro vigilante se lo contó con dos palabras, terminando:

—Me parecieron unos tipos sospechosos, espías quizá; de modo que yo me dije: «Sam, hijo, lo mejor será que los detengas y...»

— Bien — cortó el jefe, dirigiéndose al sheriff—. Me parece que esto será cosa suya, Taylor. Se los llevaré en mi aparato hasta la ciudad. Creo...

Pero en aquel momento Cass obró de un modo repentino. Tan rápida fue su acción que ninguno de los presentes supimos lo que pensaba hacer hasta que su brazo izquierdo rodeaba el cuello de Sam, amenazando con rompérselo. Arrebatarle su pistola y encañonar al resto fue cosa de medio segundo:

— ¡Atrás! ¡Atrás todos! — Y luego, dirigiéndose al más que asustado Sam, al que no cabía la camisa en el cuerpo, gritó — :

¡Vamos! Echa a andar. Tú me servirás de escudo si tus amigos sienten ganas de darle al gatillo.

Sam, lanzando un ronquido inarticulado a causa de la fortísima presión que el brazo de Smithers ejercía sobre su garganta, intentó resistirse, pero un golpe que le asestó el piloto con el cañón de la pistola le convenció de la inutilidad de todos sus esfuerzos. Y poco a poco, lentamente, Cass se fue acercando hasta el lugar en donde habíamos dejado nuestra astronave, que se hallaba a muy poca distancia, puesto que habíamos sido sorprendidos por el forestal apenas desembarcados. Ni el sheriff ni los otros dos guardabosques se atrevían a hacer nada por no matar a sus compañeros.

Así andando, Cass llegó hasta la compuerta de la nave, por la que se introdujo. Permaneció quieto allí un segundo, y luego, soltando su brazo del cuello del forestal, lo lanzó fuera de un puntapié. Los demás dispararon, pero ya era tarde. La compuerta se había cerrado y se necesitaba algo de más potencia que el proyectil de una desintegradora para abrirla. Los latigazos de las pistolas restallaron inofensivamente en la atmósfera y Smithers se remontó, alejándose apenas un centenar de metros.

Durante unos segundos la nave permaneció como indecisa, vacilante. Pero luego comenzó a descender en la dirección nuestra y de repente vi que algo salía de uno de sus costados.

¡La sangre se me congeló instantáneamente en las venas, cuando comprendí que Smithers estaba a punto de hacer uso del cañón energético!

Me olvidé de todo, pensando únicamente en mi pellejo y en el de Ruth, que estaba a mi lado. Tiré de su brazo, y los dos, simultáneamente, hicimos una perfecta zambullida en una zanja cortafuego que teníamos al lado, sin darme cuenta de que no era siquiera una pobre defensa contra aquellos potentísimos rayos. ¡Como Cass los dirigiera hasta allí...!

Cuando estaba a cincuenta metros de distancia, puso en funcionamiento el arma. La luz barrió el suelo, abriendo un hondo socavón y fulminando a los tres forestales, que no tuvieron tiempo siquiera de lanzar un grito. Y en aquel mismo instante yo sentí, un fortísimo golpe en la cabeza que me hizo perder el conocimiento durante unos minutos.

No tardé mucho en despertarme, sin embargo. Y con infinito alivio me convencí, sobre todo cuando vi a Ruth sonreírme en medio de sus lágrimas, de que nada malo me había ocurrido. Aquel desvanecimiento sólo tenía una lógica explicación: la inmensa

humanidad del sheriff, que, viendo el peligro inminente, nos había imitado en lo de zambullirse en la zanja.

Pero Taylor, que éste era el nombre de la autoridad, se había recobrado mucho antes que yo y su atomizadora se dirigía hacia nosotros. Su expresión no tenía nada de amistosa cuando nos dijo:

—Me gustaría mucho que me dieran un pretexto para borrarles de la tierra. Nos costará un poco más (¡maldito granuja, dejarnos sin helicóptero!), pero tarde o temprano llegaremos a la ciudad. ¡Ea, andando!

— Escuche, sheriff — le rogué—. ¿Tendría usted inconveniente en escucharme diez minutos?

Taylor me miró de reojo. Volví a insistirle y al fin halló una solución.

— Muy bien. Adelante, Elliot Kent. Pero no perderemos el tiempo sentándonos para escuchar su sarta de mentiras. Yo caminaré detrás de ustedes dos, mientras que suelta su discursito; ¿estamos?

Puesto que había tiempo de sobra, le conté todo lo que sabía con los menores detalles, procurando dar la sensación de verismo, de modo que Taylor apreciara que nuestro planeta se hallaba al borde del desastre total. Con la atomizadora del comisario a mis espaldas, sin volver la cabeza ni una sola vez, hablé durante largo rato, hasta que la boca se me secó. Y cuando concluí mi relato, Taylor no hizo ninguna observación acerca de aquella futura invasión del planeta. Solamente se refirió a:

— ¿Conque escapados de la Fortaleza Negra, eh? Creo recordar que, entre los boletines de captura que tengo en mi oficina, hay algunos que se refieren a vosotros. Sí. Me parece que me llevaré un buen puñado de pasta.

Y ya no quiso hablar más. Ni tampoco me dejó a mí. Su último comentario, antes de llegar a Oaking City, fue el siguiente:

— De modo que invasión, ¿eh? ¡Je...! ¡Vamos, como que no he leído ya historias de marcianos para tragarme ahora esa bola!

El caso es que nos encerró en calabozos separados a Ruth y a mí. Dejó uno de sus hombres custodiándonos. «Son peligrosos, conque, ¡ojo, Pete!», le advirtió, y se marchó. Supongo que a transmitir nuestra captura a las autoridades centrales.

No paramos mucho tiempo en Oaking City. Al día siguiente llegó una aeronave con funcionarios del Gobierno, que nos llevaron a la capital, cuyo casco urbano pude contemplar horas después, al cabo

decinco años largos de ausencia, no sin un lejano sentimiento de melancolía y nostalgia. Pero ahora ya sabía, o por lo menos presumía, cuál iba a ser mi suerte. Aparte de la muerte del vigilante de la Fortaleza Negra, los tres forestales habían sido abrasados por Smithers, y a mí y a Ruth se nos consideraría como culpables en grado de complicidad, lo cual era para ver el porvenir desde detrás de la puerta de la cámara de desintegración que había sustituido en la Penitenciaría del Estado a la anacrónica silla eléctrica. Un método mucho más limpio, puesto que después no había que recoger el cadáver del ajusticiado: bastaba con poner en marcha un aspirador de aire.

Como es lógico, nadie quiso creer mi historia. Máxime cuando la única prueba en que hubiera podido apoyar mis asertos, la astronave azhoniana, había desaparecido con Smithers a bordo. En aquel vehículo espacial confiaba yo, porque, viéndolo, los expertos se hubieran dado cuenta de que no estaba construido en la Tierra, pero de esta forma... Bien, lo mejor era preparar el ánimo, para cuando llegase lo inevitable. Cualquier día, si antes no se anticipaba Myrceah, nos llevarían a juicio y después...

Pero de repente comenzaron a ocurrir una serie de desastres en el país. Lo supe por la Prensa y los receptores televisados. Por lo menos, en este aspecto se portaban bien con nosotros.

El arsenal de Brooklyn, en Nueva York fue arrasado, de tal manera que, aparte de los cincuenta mil obreros que murieron y de los que no quedó el menor rastro, en el lugar en que se hallaban las edificaciones, almacenes, astilleros, polvorines y demás elementos del arsenal, sólo quedó un gigantesco cráter de varios kilómetros de diámetro por uno casi de profundidad. Creo que si Smithers hubiera seguido usando el proyector de luz energizada hubiera atravesado el planeta de parte a parte. Las informaciones hablaron de una espacionave desconocida que había hecho su demostración desde gran altura, y cuya presencia no había sido advertida hasta que el blanco rayo de luz empezó a devorarlo todo.

Después, fue en la costa oeste donde toda la Base Naval de San Diego — todavía seguía llamándosela así al cabo de los siglos, por pura rutina, puesto que apenas si se usaban los navíos — desapareció de la misma forma que la anterior. Miles y miles de oficiales, soldados, aviadores, astronautas y marineros desaparecieron consumidos por aquella fantástica arma, para la cual, y que yo supiera, no había en la Tierra defensa posible.

Oak Ridgfie desapareció también. White Sands, antaño centro de experimentación de proyectiles dirigidos, en los balbuceos de los

viajes interplanetarios y ahora astropuerto militar, el de mayor importancia de la nación, fue excluido del mapa como si el sinvergüenza y traidor de Smithers hubiera usado una colosal goma de borrar. Y así numerosos puntos vitales de la nación, hasta que el pánico comenzó a apoderarse de la gente, cuando se dio cuenta de que no había quién fuera capaz de apoderarse de aquel maniático, que, ahora lo estaba comprendiendo, si había fingido acceder a nuestros propósitos lo había hecho con infinita astucia, de acuerdo —¿cómo?, misterio éste que jamás lograría esclarecer—, con Myrceah, y toda aquella serie de catástrofes que estaba provocando no eran más que una especie de anticipo de lo que nos podía ocurrir, si no nos sometíamos a los dictados de aquella reina caprichosa que, bien lo supo hacer, jugó hábilmente con los sentimientos ofendidos de Cass, para que así sirviera de conveniente manera a sus fines. Y que lo hacía bien, el fulano... No pasaba día sin que la prensa, la radio o la televisión no anunciaran un nuevo desastre, con miles y miles de víctimas.

Por ello Smithers había sabido pilotar la esferilla espacial. Por ello no había sido impedida nuestra fuga. ¡Granuja! Y al pensar en lo que ocurría, no pude por menos de crispar los puños de tal forma que, perdiendo el control de mí mismo, comencé a golpear en la puerta de mi celda hasta que, atraído por el estrépito, el guardián de turno se dejó caer por allí y para separarme al fondo del habitáculo, no encontró medio mejor que molerme a golpes pretendiendo reducirme.

Pero ni aún así me dejé intimidar. Cuando terminó, sangraba por boca y narices y mis demandas de ver al director de la prisión, para que transmitiera los informes de cuanto sabía al Alto Mando fueron enérgicamente denegadas.

— ¡Estúpido! ¿Crees que nos vamos a tragar esos cuentos, buenos solamente para chicos? ¡Puah...! ¡Una invasión extragaláctica! ¡Qué tontería!

— ¡Escúcheme, por el amor de Dios! ¡Moriremos todos! Quiero ver al alcaide. Puedo salvar al mundo, pero déjeme hablar con el director...

Como ya no sabía lo que me hacía, incluso llegué a arrodillarme para suplicarle, pero toda su contestación fue derribarme de un fenomenal rodillazo en el rostro, que me dejó semiinconsciente.

— ¡Bandido! ¡Matar a un vigilante de la Fortaleza Negra! ¡Lo que me voy a divertir cuando te lleven al horno!

Y cerró de un golpazo que hizo retemblar las paredes de mi celda, dejándome sumido en la mayor de las amarguras, amargura que

aumentaba la ausencia de Ruth.

Así, pues, llegó el día en que se vería el juicio. Ruth y yo éramos acusados de evasión y muerte de un guardián, pero en el momento en que nos sentábamos en el banquillo de los acusados comenzó a hacerse de noche.

La audiencia estaba llena de curiosos y desocupados, aparte de los correspondientes periodistas y fotógrafos, cuyos «flashes» relampagueaban incesantemente. A fin de cuentas éramos los dos primeros condenados que habían conseguido evadirse de la Fortaleza Negra y aquel hecho no había dejado de acarrearnos una triste celebridad que no conseguíamos sacudirnos de encima..

Pues bien, todos los concurrentes se pusieron en pie, intercambiando excitados comentarios. Eran las doce. El mediodía. ¿Por qué, pues, el sol se oscurecía y se ocultaba? No había señalado ningún eclipse.

— ¡Es Myrceah! ¡Myrceah y los hombres de Azhos que quieren robarnos la luz de nuestro sol! — grité de tal forma que todo el mundo hubo de volverse hacia mí. Se había encendido la iluminación artificial.

Pero la sorpresa aumentó cuando un grupo de hombres, irrumpiendo con violencia, apartando a un lado a los curiosos, sin la menor consideración, se precipitó hacia Ruth y hacia mí, en tanto que, el que parecía su jefe se dirigía hacia el presidente del Tribunal que había de juzgarnos. Habló unas cuantas palabras en voz baja con él, palabras que nadie, ni siquiera los periodistas que alargaban ávidamente el pescuezo, queriendo enterarse de lo que ocurría, logró entender, y luego el juez asintió. El jefe de aquellos hombres les hizo una señal y, tomándonos a Ruth y a mí en volandas, literalmente, nos llevaron fuera de la sala de justicia, ante el infinito asombro de todo el mundo, que no comprendía nada de lo que estaba pasando: ni el inesperado e incomprensible eclipse de sol, ni nuestra original y también inesperada «evasión» del juicio.

CAPÍTULO X

— Recuerde que ha prometido decirnos la verdad, Kent — me gruñó el general Mollison, jefe del Servicio Secreto.

— No hay ni un solo átomo de fantasía en todo lo que les he

contado, señor. Ojalá fuera así — contestó lúgubremente.

El general se puso una mano debajo de la barbilla, pensativo.

— Si mal no recuerdo — dijo, tomando unos papeles que tenía tras sí, sobre la mesa —, usted le dijo al guardián que tenía los medios para eliminar totalmente la amenaza de esa raza desconocida, ¿verdad?

Incliné la cabeza, apesadumbrado:

— Lo decía únicamente para llamar la atención, general. Quería que mis palabras fueran escuchadas y que ustedes se aprestaran a la defensa.

— ¡Hum! — masculló Mollison, incorporándose y comenzando a dar una serie de paseos alrededor de la estancia, contemplado expectantemente por todos los concurrentes. Ruth y yo nos hallábamos sentados en dos sillas, ante la mesa.

El general se volvió hacia mí, repentinamente:

— Así es que, el tipo misterioso que nos está destrozando todo es el llamado Cass Smithers, su compañero de evasión de la Penitenciaría Sideral, ¿no es así?

— Usted lo ha dicho, general.

Me miró de reojo:

— ¿Era necesario matar al infeliz guardián para consumar sus propósitos?

El rojo de la vergüenza y la confusión afluyó a mi rostro.

— No, señor — murmuré con un hilo de voz —. De haber sabido lo que iba a ocurrir, hubiera preferido cumplir el resto de la condena, general. Aquello lo realizó únicamente Smithers, por su cuenta y riesgo. Yo no quería más que largarme de Plutón. Compréndalo. De haber querido, pudiera muy bien haberme unido a Myrceah, puesto que ella me lo había propuesto, y... y... bueno. Si digo todo... —miré de reojo a Ruth.

— Sí, hombre, sí. Diles que ella te propuso ser rey consorte — me animó la muchacha—. Así se darán cuenta de que, de haber querido, no hubieras venido voluntariamente a avisarlos.

— Eso es cierto. Hay que reconocerlo — rezongó Mollison —. Y los idiotas hemos sido nosotros por no haberle hecho caso desde un principio. ¿Quién sabe si las cosas hubieran rodado mejor? A propósito, Kent. ¿Puede saberse por qué están parados «allá arriba», en el espacio, sin atacar, ocupados únicamente en ocultarnos la luz

solar?

Medité un segundo. Luego repuse, creyendo haber hallado la solución:

— Pues, a decir verdad... Creo que, en primer lugar se estarán hinchando de sol. Les hacía muchísima falta. Además, durante el viaje ha habido bastantes defunciones, precisamente por eso mismo. Luego, querrán prevenirnos, junto con la labor de Smithers, de que lo que más conviene es entregarnos. Digo yo. Otra solución no le encuentro al asunto, general..

Sonó un zumbador. Mollison se inclinó hacia el intercomunicador, por el que, a través de la impersonal voz del invisible locutor, empezó a llegarle un informe:

— General, acabamos de recibir la noticia de que ese misterioso aparato ha destrozado la base astronáutica WF22, en Florida. Doce mil muertos, aproximadamente. Los aparatos de la base más próxima han salido en su persecución, lanzándole bombas térmicas y, aunque parece ser que ha resistido bastante sus efectos, no sin derribarnos una docena de naves, el platillo o lo que sea, ha conseguido largarse. Losobservadores visuales han apreciado que se dirigía hacia la masa negra que oculta el sol.

— General —le dije—, si me llevaran a un lugar desde el que pudiera transmitir, podría hablar con Myrceah. Quizá lograra convencerla de que su actitud, por muchos daños que nos ocasione, no dejará de conducirla al más absoluto de los fracasos.

Mollison meditó unos segundos. Luego exclamó con resolución:

— ¡Está bien! Con ello no perdemos nada.

— ¡Un momento!—le detuve—. ¿Qué hay de mi condena y de la de Ruth?

— Muy bien. Lo tendremos en cuenta, Kent. Y ahora, adelante.

Sesenta minutos después, en un lugar secretísimo, al que fuimos conducidos con grandes precauciones, me sentaba ante uno de los transmisores dotados de televisión. Los intentos hasta hallar la longitud de onda requerida llenarían demasiado espacio, y por ello los omito. Baste saber, pues, que al fin el hermoso rostro de Myrceah apareció en la pantalla. Durante un segundo me pareció que Ergios se hallaba a su lado, pero dudo si fue una ilusión óptica.

— ¿Qué pasa, Kent? — preguntó. La distancia no era mucha, apenas se hallaban a cuatrocientos mil kilómetros, casi a la altura de la Luna, pero me extrañó que la voz me llegara un tanto deformada.

Por un momento creí... Deseché inmediatamente aquel pensamiento. ¿Cómo iba a ser posible tamaña barbaridad?

— Demasiado lo sabes, Myrceah — repuse —. Queréis invadirnos, pero os aconsejo desistáis de ello. No creo que lo pasaseis demasiado bien.

— Muchas gracias por el consejo, querido Kent— me pareció que hablaba de una manera forzada, pero no lo podía asegurar—. Diles a los que están detrás de ti que les conviene no oponernos ninguna resistencia. ¿Es que no han visto las demostraciones que les ha hecho mi hombre de confianza, Cass Smithers?

Me sentí apartado de delante de la pantalla por un violento empujón, que casi dio conmigo en el suelo. Mollison se puso delante del rectángulo de vidrio, vociferando:

— ¡Escuche, reina de opereta! ¡O se largan inmediatamente de ahí, o de lo contrario les sacudiremos de firme! ¿Se enteran?

Myrceah se echó a reír, pero su risa no era natural.

— Creo que ustedes tienen una frase muy gráfica, general. ¿No es usted general? Al menos eso parece por sus hombreras: La frase es: ¡vengan y cójanlo! ¿A qué espera, carcamal? — Y la imagen de Myrceah se esfumó cuando la reina cortó el contacto del transmisor, en tanto que Mollison rugía enfurecido por el apelativo.

— ¡Como la pesque en mis manos la voy a...!— no se puede decir la serie de palabrotas que nos soltó. Hubimos de esperar un buen rato a que recobrara el dominio de sí mismo, y al fin le dije:

— General, tengo un plan. Creo que es el único posible. Descabellado, insensato, pero que puede llevarnos al triunfo. Si falla... Bueno, no estaremos peor de lo que estamos.

— Veamos, Kent. Explíquese.

Se lo dije en pocas palabras. No era muy largo de contar. Mollison se quedó pensativo unos segundos, y luego extendió su huesudo índice hacia mí.

— ¡De acuerdo!—rugió más que habló—. Lo conseguiré del presidente. A fin de cuentas sólo perderemos una nave. Pero no se crea que va a ir solo.

— Desde luego que no — terció Ruth—. ¿Cree que voy a dejarle ir tan tranquilo para que me lo robe esa vampiresa? — Y al decir esto me rodeó el cuello con sus brazos—. Una plaza es para mí.

— Cuenten conmigo para la tercera—ordenó el general

taxativamente.

— Dos más para técnicos en proyectiles dirigidos, aparte del piloto y copiloto. Tal será la tripulación, aparte de un radarista y radiotelegrafista, todo en una pieza — exclamé.

— En total...—Mollison comenzó a contar ocho personas—. Ocho locos.

— O quizá ocho héroes, general — sonrió Ruth dulcemente.

* * *

— No dispare ningún proyectil o lo asaré. ¿No se dice así en vuestro planeta?

Conteniendo difícilmente los latidos de mi corazón, me puse en pie y, muy despacio, giré sobre mí mismo. Ruth se hallaba en el extremo opuesto dela cabina y sostenía firmemente entre sus dedos una pistola energética.

— ¿Qué haces, Ruth? — pregunté. Pero, ¿cómo diablos hablaba exactamente igual, en el tono, que Myrceah? La muchacha hizo un gesto rápido, que nos dejó estupefactos a todos.

Pues se despojó de la peluca rubia, dejando al descubierto sus negrísimos cabellos. Agarró una de sus orejas y con otro tirón levantó la falsa piel que cubría su rostro, permitiendo ver el auténtico. ¡No era Ruth, sino Myrceah! Y había que ver su manera de sonreír. Daba unos escalofríos...

— ¡Tontos! ¡Estúpidos! ¿Creíais que iba a dejaros llevar a término vuestro plan con toda facilidad? ¡Suelte esa palanca! —Se dirigió al radio, que deslizaba su mano hacia el mando proyector de bombas dirigidas. La pistola se dirigió a su pecho y el hombre no tuvo otro remedio que obedecer.

Myrceah continuó:

— Desde el primer momento supe que intentabais venir a avisar a la Tierra. No me fue muy difícil suplantar a tu enamorada Ruth...

— ¡Pero si ella estuvo conmigo todo el tiempo! — la interrumpí.

— Naturalmente. Le dije que en el momento en que descubriera mis intenciones te dejaría seco de un disparo. La pobre (¡hay que ver cómo te quiere!), no se atrevió a decirte nada y, claro, cuando llegó el momento, no era ella, sino yo con la mascarilla que me fabricaron

durante el viaje, apenas lo supe, quien embarcó en el «remolcador», como tú decías. Tengo unos expertos en cirugía plástica que hacen maravillas. Y también sé imitar la voz de Ruth mucho mejor que ella la mía. Cuando hablaste con la que creías que era Myrceah temí por un segundo que todo fuera a rodar. Ella no es tan buena actriz como yo, aunque hay que reconocer que Ergios se portó como un magnífico director de escena.

— ¿Y Ruth? — pregunté con el alma en un hilo. Myrceah frunció el ceño.

— ¿Qué me importa esa estúpida? — dijo—. Pero ya hemos hablado bastante. Ha llegado la hora de obrar.

— Tienes razón, Myrceah. Tú lo has dicho. Ha llegado la hora de obrar.

La reina de Azhos había levantado su pistola, dirigiéndola hacia Mollison, pero tanto éste como Myrceah, así como los restantes tripulantes, cuyos rostros estaban harto pálidos, me miraron con sorpresa. Estoy seguro de que en algunos de aquellos cerebros nació la idea de que, al fin, había decidido unirme al invasor, pero si tal pensaron es que no veían mis manos.

Las tenía a mi espalda, y, mientras que hablaba, iba buscando algo que al fin, con un mental suspiro de alivio encontré. El mando de desviación lateral de la espacionave, que accioné bruscamente.

Todos rodamos por el suelo cuando el aparato giró bruscamente sobre sí mismo, a pesar de que había procurado hacerlo muy suave para no estrellarnos contra uno de los mamparos. Pero en aquella acción conseguí el objetivo propuesto, que no era otro que el derribar a Myrceah, cuya pistola resbaló, inofensiva, al desprenderse de sus manos, que instintivamente habían buscado un asidero.

La gané por la mano. Quiero decir que me arrojé sobre ella antes de que tuviera tiempo de recuperarla y Mollison y los demás tuvieron que ayudarme. ¡Caramba! ¡Vaya manera de golpear y arañar! Literalmente parecía una tigresa enfurecida, pero al fin hubo de ceder, jadeante, exhausta, desgarradas las ropas, chispeantes los ojos, en los que se veía la demoníaca expresión de su incontenida furia. Afortunadamente para mis compañeros, las expresiones que soltó por su boca, eran en azhoniano, pero ¡hay que ver las palabritas que soltó...! De no haber estado tan preocupado por Ruth hubiera tenido que taparme los oídos con algodones.

— Bien, Myrceah — le dije cuando se calmó el barullo—. Me parece que ahora el mango de la sartén está en nuestras manos. Pero quiero darte una última oportunidad. Haz que suelten a Ruth o...—la

pistola de energía que empuñaba con firme mano se apoyó en su cabeza.

Me miró, rechinando los dientes con furia. Después, derramando amargas lágrimas, se acercó al televisor. ¿Qué opción tenía sino acceder a lo que le mandábamos?

Así pasó un largo rato hasta que al fin vimos en la pantalla un «remolcador» que conducía a Ruth hacia la libertad.

De acuerdo en lo que habíamos ordenado, el aparato iba dirigido por control automático. No se detendría hasta hallarse en la superficie del globo y mi pecho se descargó de un enorme peso cuando reconocí la adorada faz de mi Ruth sonreírme en la pantalla, diciéndome que estaba a salvo de todo peligro.

— Eso es lo que ella cree — murmuró Myrceah con infinito acento de odio—. ¡Mirad!

El tétrico acento de la azhoniana nos hizo apartar la vista del televisor y dirigirla a través de una de las lucernas. Y apenas lo habíamos hecho cuando nos quedamos helados. ¡La armada de Azhos acababa de ponerse en marcha! ¡Millares y millares de astronaves habían comenzado su descenso invasor sobre el planeta!

— ¡Radiotelegrafista! — aulló Mollison —. ¡Dispare el espejismo!

El operador manipuló inmediatamente en los mandos. Una docena de rayas de color de fuego surcó el espacio, para desviarse luego a distancia de la masa de aparatos azhonianos, pasando por su lado sin el menor daño para ellos, continuando su camino hacia el infinito. No habían transcurrido dos minutos de aquello, cuando una cegadora explosión se produjo en el centro de la flota de Myrceah.

Primero fue un globo de fuego blanco, con el cual el Sol no tenía la menor comparación posible. La esfera ardiente aumentó rapidísimamente de tamaño, devorando astronaves incesantemente, reduciéndolas a algo infinitamente menor que simples cenizas, consumiéndolas, calcinándolas en su llama insaciable que continuamente aumentaba de diámetro, hasta que todo el orgulloso conjunto de aparatos enemigos quedó sumergido bajo las ígneas olas de aquel océano de fuego sideral. Después, el blanco perdió volumen y pasó al rojo, del que se degradó sucesivamente, hasta restablecerse la más absoluta oscuridad.

Durante los cortos minutos que duró aquel cataclismo cósmico, todos permanecimos absortos, estupefactos, atónitos, contemplando por vez primera los devastadores efectos de la explosión de una bomba capaz de destruir el mundo. Sus ardientes llamas se habían

distanciado del núcleo central más de doscientos mil kilómetros y habían devorado todo cuanto cayó dentro de su radio de acción. Incluso se elevaron algunas pequeñas humaredas de la parte oscura de la Luna, pero no fueron de consideración. Y, fascinados por el espectáculo, no nos dimos cuenta de la ausencia de Myrceah, de quien nos habíamos olvidado por completo.

— ¿Dónde…? — empecé a gruñir, pero en aquel momento un seco chasquido nos indicó que la esclusa del aire acababa de ponerse en marcha.

Corrimos todos hacia allí. La mampara era transparente y, aterrorizado, la golpeé con los puños.

— ¡Sal de ahí! — grité—. ¡No tienes traje de vacío!

Pero Myrceah no me hizo el menor caso. Me tiró,sonriendo, un beso con la punta de los dedos, y luego accionó el mando que movía la compuerta exterior.

Regresé harto impresionado a la cabina. No había sido nada agradable el espectáculo de la mujer sufriendo repentinamente los efectos de la violentísima descompresión, estallando literalmente y luego congelándose su destrozado cuerpo en el cero absoluto de la escala termométrica. Necesité más de un trago y una frase de aliento de Mollison.

— ¡Ea, Kent! Todo se ha acabado ya. De no habersido por su idea de enviarles una proyección con espejismo de las bombas dirigidas, y luego largarles la auténtica antiradarizada para evitar que fuera detectada, no estaríamos aquí contándolo. Ella se lo buscó, ¿no?

Tomé otro trago. Largo. Procuré consolarme pensando que en la Tierra estaría aguardándome Ruth y que lo que acababa de hacer influiría en el olvido del conejo célebre que, a fin de cuentas había servido para que, cinco años más tarde, la Humanidad se salvara del más serio peligro por que había atravesado en todos los siglos de su Historia. Podríamos seguir viviendo del Sol mientras éste alumbrara.

Y, tal como lo pensé, ocurrió. El conejo fue arrojado al cesto del olvido y, lo que para mí era lo más importante de mi vida: Ruth me aguardaba allá abajo.

FIN